

Selección

TERROR

ADAM SURRAY

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

LA MOMIA VIVIENTE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

293 — Excursión al mundo del terror, *Joseph Berna*.
294 — Locura en la madrugada, *Ralph Barby*.
295 — La succión de las Mujeres-Vampiro, *Curtis Garland*.
296 — La sangre del Diablo, *Clark Carrados*.
297 — La perra encadenada, *Ralph Barby*.

ADAM SURRAY

LA MOMIA VIVIENTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 298
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.984 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Hal McCormick aplastó el cigarro en el artístico cenicero de plata.

—Puedes retirarte, Joanne.

La muchacha se alejó hacia la puerta del salón.

Consciente de que era observada por los tres hombres. De ahí que acentuara el movimiento de caderas.

Sensual.

Todo en Joanne era sensualidad.

Veinte años recién cumplidos. Incluso con aquel uniforme de servicio doméstico destacaba la perfección de su cuerpo. Senos erguidos, cintura de odalisca, caderas de suave curva...

—Esa joven es digna de figurar en tu museo, Hal —comentó Andrew Houser, después de que la doncella abandonara el salón—. ¡Una maravilla!

—¿Qué fue de Judith? Se llamaba Judith, ¿verdad? —Interrogó Donald Greene succionando el aromático cigarro—. La recuerdo de mi anterior visita. ¿Dónde está, Hal?

—Ya no trabaja aquí. Me gusta renovar el servicio. Los tres hombres rieron alegremente.

Hal McCormick tomó la botella de «Courvoisier» para llenar las copas de sus invitados.

Les contempló fijamente.

Andrew Houser. Cincuenta y dos años de edad. Profesor en diferentes universidades de los EE.UU., catedrático de Historia y afamado egiptólogo.

Donald Greene. De edad similar. Doctor en ciencias físicas. Director de conservación en el Museo Gabor de San Francisco.

—¿Qué te ocurre, Hal? McCormick parpadeó.

Dejó escapar una sonora carcajada.

—Disculparme... No me ocurre nada, Donald. Simplemente os observaba. Hace tiempo que nos conocemos y juntos hemos realizado beneficiosos negocios. Parte de mi colección, las piezas más valiosas, os las debo a vosotros.

Donald Greene movió afirmativamente la cabeza.

—Cierto, Hal. Y resulta lamentable que muy pocos puedan admirar al completo la colección que guardas en The Beacon.

—No me importa —McCormick se acomodó en uno de los sillones de negra piel—. La Sala Roja de The Beacon es para mi exclusivo deleite. ¿Acaso puedo mostrar abiertamente los objetos robados? Las piezas allí almacenadas han sido sustraídas a museos y a coleccionistas privados.

—Tu Sala Roja... Piezas únicas... Del Museo de El Cairo, del Stedelijk Museum de Amsterdam, París, Milán, Munich.,, Sin contar los correspondientes a museos de los EE.UU. Tu mayor fuerte.

—Sí, Andrew. Y todos adquiridos ilegalmente. Bien por vuestra

mediación u ordenando robarlos a los museos y particulares. Vosotros dos, en contacto con el mundo del arte, me proporcionáis valiosas piezas. Otras de mi colección las consigo por mis propios medios.

Donald Greene chasqueó la lengua saboreando el brandy. Dio la última chupada al cigarro.

—Últimamente tu colección se mantiene alejada del arte. Una de tus recientes adquisiciones fue la cabeza de Denis Boisson, el estrangulador de París.

—¡Cielos...! No me lo recuerdes, Donald —exclamó Andrew Houser con una mueca de desagrado—. Fue espeluznante ver aquella cabeza en la urna. Cuando leí en los periódicos que había sido profanada la tumba de Denis Boisson para arrebatarle su guillotinada cabeza no podía imaginar que la encontraría en la Sala Roja.

Hal McCormick sonrió.

—Colecciono todo lo original. Todo aquello que destaca poderosamente. Y Denis Boisson estableció un record difícil de superar. Treinta y dos muchachas violadas y asesinadas en menos de tres meses. Tres meses burlando a toda la policía de Francia. Me fue muy laborioso conseguir su cabeza y trasladaría a los EE.UU. Por supuesto que la cabeza de un asesino no puede compararse con las joyas de Sahemy, con una escultura de Champa o una pintura de Van Dick.

—Sin embargo unes todo ello en tu Sala Roja.

—Aún me queda mucho espacio. Vosotros no sois generosos con los envíos. Debo procurarme yo el material sin preocuparme por los contrasentidos ni la estética.

—¿Imaginas que es sencillo, Hal? —Se lamentó el doctor Greene—. Yo te informo de los traslados de piezas valiosas de un museo a otro; pero precisamente por tratarse de objetos de gran valor son contados los desplazamientos. También los coleccionistas privados se muestran cautelosos y reservados. Es difícil pasarte la información que permita...

—Lo sé, Donald, lo sé. Olvidemos eso. Os he invitado para conversar sobre un tema del que ambos sois expertos. Creo recordar que los dos permanecisteis en París cuando se procedió a la restauración de la momia de Ramsés II.

—En efecto —asintió Houser—. Los científicos franceses realizaron un magnífico trabajo. Se puede decir que salvaron a la momia de su total destrucción. En el Museo de El Cairo, Ramsés II estaba fisurado, resquebrajado, cubierto de moho, hongos y ya con un hedor que vaticinaba una progresiva descomposición.

—Hablemos de eso, Andrew.

—¿De Ramsés II? —intervino Donald Greene para acto seguido reír en burlona carcajada—. ¿Esperas sacar la momia de Ramsés del Museo de El Cairo? ¡Eres grande, amigo Hal!

McCormick esbozó una sonrisa. Enigmática.

—Me conformo con algo menos. ¿Qué se necesita para restaurar una momia egipcia?

Greene y Houser intercambiaron una perpleja mirada.

—¿Estás hablando en serio, Hal?

—Por supuesto, Donald. Y espero tu respuesta.

—Bien... el procedimiento es muy complicado y costoso. También depende del estado de conservación de la momia. En principio se realizan radiografías y xerorradiografías, estudios en laboratorio de botánica, geología, entomología, microbiología, parasitología y por último la datación y las técnicas de conservación más adecuadas a seguir.

Las facciones de McCormick se ensombrecieron. Entornó los ojos.

—¿Es necesario todo eso?

—Y aún más, Hal. Durante el tratamiento hay que actuar con un sinfín de precauciones. Bata, máscara y guantes esterilizados para no añadir bacterias ni microbios a los ya almacenados en la momia. Si se somete a la irradiación al cobalto 60, las mencionadas precauciones ya no son de rigor.

—Si una momia empieza a descomponerse es que algo funciona mal en su interior. Atacada por hongos, insectos o cualquier otro agente destructor, ¿no es cierto?

—Correcto, Hal.

—¿No se pueden destruir esos agentes por medios más sencillos?

—Sí, aunque con riesgos.

—Explícate.

Donald Greene vació la copa de brandy. Aprovechó la pausa para coordinar sus ideas.

—Se puede destruir todo el elemento nocivo por el frío. La momia, que es un simple cadáver disecado, tal vez incremente la desecación de sus hendiduras con semejante tratamiento.

—Yo presencié la esterilización de una momia por efectos del calor —comentó Andrew Houser—. Fue un completo fracaso. Ciertas resinas que impregnaban la momia se fundieron. El «baño turco» sí puede dar resultado.

—¿En qué consiste?

—No siempre se obtiene el éxito, Hal —advirtió el doctor Greene—. El «baño turco» es un tratamiento de esterilización por gas. En algunas momias, dados sus diferentes componentes, reaccionan negativamente al gas.

—¡Maldita sea! —Exclamó McCormick, con visible irritación—. ¿No hay ningún método seguro?

Andrew Houser tomó nuevamente la palabra.

—Lo más efectivo es el cobalto 60. Los radios gamma, como los rayos de la luz, no dejan ningún elemento radiactivo tras ellos y por lo tanto no originan la más leve transformación fisiológica.

Hal McCormick se incorporó del sillón. Comenzó a pasear por la estancia.

Pensativo.

Observado curiosamente por sus dos invitados.

—¿Y si carece de olor? —interrogó McCormick deteniendo su nervioso deambular—. ¿Significa que no existe descomposición?

El doctor Greene se encogió de hombros.

—Es posible. Los sacerdotes que embalsamaron los cadáveres eran verdaderos expertos. Con unos extraordinarios conocimientos aún no superados en la actualidad. Todos los males de las momias son adquiridos en los museos donde permanecen. Lo de Ramsés II era una enfermedad reciente. Hongos vivos, insectos en los tejidos momificados y un elevado número de dermestidos, voraces devoradores de tejidos.

—Estoy de acuerdo contigo, Donald —corroboró Andrew Houser—. Si Ramsés hubiera permanecido en su primer lecho mortuorio del Valle de los Reyes no habría padecido enfermedad alguna. Los sacerdotes de Amón eran más inteligentes que nosotros. Aún no les hemos superado.

Hal McCormick volvió a sonreír enigmático.

Frisaba en los cuarenta y cinco años de edad. Rostro anguloso, de facciones poco definidas. Pelo oscuro aunque con tonos grises en los aladares. Traje de excelente corte. La corbata de seda adornada con un pasador de oro. También lucía un valioso sello en el índice de su mano derecha.

Hizo una leve seña a sus invitados.

—Seguirme. Tengo una sorpresa para vosotros. Abandonaron el salón.

Hal McCormick, acompañado de los dos individuos, encaminó sus pasos hacia el espacioso living.

Pasaron al porche del bungalow.

La oscuridad de la noche era combatida por la iluminación existente en torno a la piscina y la casa.

El garaje contiguo al bungalow era amplio.

Cobijaba a un «Dodge Charger» y un «Pontiac Firebird». Con estacionamiento para dos vehículos más.

Disponía también de altillo y habitación utilizada como almacén y taller. En aquella habitación, en el suelo, estaba la rectangular caja.

En madera de embalar y con la indicación de «frágil». McCormick quitó la tapa.

En el interior quedó visible un sarcófago de madera color negro y con relieves rojos en la parte superior.

Aquellos relieves representaban extrañas figuras y signos. Un jeroglífico egipcio.

—Adelante, amigos —rió Hal McCormick—. Quitar la tapa.

Andrew Houser y Donald Greene, tras unos instantes de estupor, se decidieron a obedecer.

Se inclinaron para deslizar la parte superior del sarcófago.

Aunque sospechaban el contenido no evitaron una exclamación de asombro e incredulidad.

En el interior yacía una momia.

Con los brazos cruzados sobre el pecho en posición de Osiris.

Hal McCormick rió ahora en sonora carcajada.

—¡Amigos...! Quiero presentaros a la momia de Sheikan. Hijo de Zhairon, dios del Terror y de la Muerte.

CAPITULO II

Donald Greene sacudió la cabeza.

—¿De dónde has sacado esto, Hal?

—En mi reciente viaje a Egipto hice una serie de contactos. Un anciano medio loco, en los barrios bajos de El Cairo, me habló de Sheikan, príncipe de las Eternas Tinieblas. Hijo de Zhairon, dios del Terror y de la Muerte. Sheikan fue sepultado en las entrañas de la tierra para que jamás saliera a la luz ejerciendo su satánico poder. La momia de Sheikan no figura en ninguno de los museos de El Cairo. Gasté miles de dólares en reunir datos. Fue en Luxor donde conseguí el éxito. Un anticuario me habló del Valle de los Lobos, al oeste de Beni Hasan, ahora ya semienterrado por las arenas del desierto. El anticuario poseía un pergamino de la XVIII Dinastía, en el reinado de Tutankhamón. En él se decretaba que Sheikan, pese a ser descendiente de un dios maligno, fuera enterrado con todos los honores. Así se le contentaba evitando su nefasto poder desde el Más Allá.

—Oye, Hal...

—Un momento, Donald —sonrió McCormick—. Aún no he terminado. Quise comprar el pergamino, pero aquel maldito viejo se negó. Dijo que el pergamino era el único medio dé llegar a la tumba de Sheikan. Si alguien turbaba el sueño eterno de Sheikan se desencadenaría sobre Egipto la muerte y la destrucción. Yo le respondí que nada debía temer ya que mi idea era llevarme la momia a los Estados Unidos. Aquello impresionó al individuo. Accedió de inmediato. Se conformó con diez mil dólares cuando yo estaba dispuesto a pagar los cien mil. Todo le parecía bien con tal de que sacara a Sheikan de Egipto. Ultimamos los planes. Hace un par de semanas me llegó el comunicado. La momia de Sheikan ya estaba a mi disposición. Envié a dos hombres de confianza a Luxor para que sacaran clandestinamente la momia. Hoy mismo me llegó. En vuelo Charter. Fue fácil sobornar las aduanas.

—Te han estafado, Hal. McCormick esbozó una sonrisa.

—¿De veras? ¿Acaso no es auténtica?

—Una momia de la XVIII Dinastía no puede conservarse en tan perfecto estado. Me refiero por supuesto a los vendajes. Parecen recientes. Incluso no están colocados conforme a los ritos egipcios. Son obra de un profano. Ignoro el estado interno de la momia, pero no despide olor alguno. Muy sospechoso para una momia de la XVIII Dinastía.

—No he sido estafado. Aún no he pagado nada. El único dinero desembolsado se remite a los gastos. Quedé en abonar los diez mil dólares una vez comprobada la autenticidad de la momia por expertos.

—¿Somos nosotros los expertos? —inquirió Houser.

—Correcto, Andrew. Espero vuestro veredicto. Houser sonrió.

—Sin temor a equivocarme comparto la teoría de Donald. Lo lamento, Hal. Has cometido muchos riesgos por una vulgar momia.

Posiblemente del siglo pasado.

—Es la momia de Sheikan. ¡El hijo del dios Zhairon!

—No recuerdo semejante nombre entre las divinidades egipcias —dijo Greene escéptico—. ¿Y tú, Andrew?

—Tampoco. Aunque es difícil retener todos los nombres de dioses, reyes-dioses, tríadas y demás componentes de la mitología egipcia. Lo que sí me sorprende es el sarcófago... Negro con los relieves en rojo, Tampoco me resultan familiares los signos del jeroglífico.

—Son egipcios.

—Sí, Donald. Eso por descontado. Es curioso...

—¿El qué? —preguntó McCormick.

Andrew Houser se había inclinado sobre la momia. Examinándola más detenidamente.

—Las momias en posición de Osiris, con tos brazos cruzados sobre el pecho, sostenían en sus manos los atributos de su poder.

—No todas, Andrew.

—Bien, no todas —aceptó Houser la corrección del doctor—; pero sí estarás de acuerdo en que los vendajes no envolvían las manos, sino que cuidadosamente protegían cada uno de los dedos. Aquí son dos muñones.

Greene palpó los vendajes de la momia. Desde el codo a la mano.

—Parece tener los puños cerrados...

—¡Quitadle los vendajes, maldita sea! —Exclamó McCormick con muestras de nerviosismo—. Así saldremos de dudas.

El doctor Greene denegó un movimiento de cabeza.

—Eso no es tan sencillo, Hal. Si en verdad se trata de una momia del Antiguo Egipto, corremos el riesgo de deteriorarla. Hay que proceder con instrumentos adecuados.

—¿En tú laboratorio?

—Sí. Allí dispongo de lo necesario.

—Esta misma noche la recibirás. Donald Greene chasqueó la lengua.

—Tranquilo, Hal. No hay que precipitarse. Debo preparar la sala y eso requiere tiempo. Lo más apropiado y sencillo será" una especie de campana moldeable para aislar la momia. En la vitrina instalaré dos orificios de entrada y salida dotados de filtros antibacterianos. Con un pequeño motor eléctrico se removerá el aire en el interior de la campana.

—Adelante, Donald. No repares en gastos. Andrew Houser rió en burlona carcajada.

—Eres algo único, Hal. Piensas gastar miles de dólares en salvar una momia posiblemente sin valor alguno. Tal vez un cadáver embalsamado durante la I Guerra Mundial.

McCormick giró hacia el doctor.

—¿Qué dices a eso?

A los labios de Donald Greene también asomó una sonrisa burlona.

—Me sería muy rentable engañarte, Hal. Hacerte gastar miles de

dólares en mi laboratorio. La hipótesis de Andrew es correcta. Puede tratarse de una momia reciente... o realmente un cadáver del Antiguo Egipto El vendaje me inclina por la primera de las hipótesis. Incluso el sarcófago.

—¿Qué ocurre con él? Tú mismo me has dicho que...

—Sí, Hal. Muy original. Al igual que los relieves. Sólo que es de madera. Si fuera en verdad la momia del hijo de un dios se habría seguido el ceremonial destinado a las momias reales. Cuatro sarcófagos. El primero es como una especie de placa, el segundo de oro macizo, el tercero en madera chapada en oro y el cuarto en madera dorada.

—Todas las tumbas reales fueron saqueadas...

—Cierto, Hal; pero según tu proveedor egipcio la de Sheikan permanecía en ignorado lugar.

—Puede que se quedara con los sarcófagos de valor —rió el incrédulo Houser—, A McCormick, mecenas del arte, sólo le interesa la momia.

Hal McCormick enrojeció.

Abrió una caja de herramientas para coger un afilado estilete. Se inclinó sobre el sarcófago.

—¿Qué vas a hacer, Hal?

—Cortar parte de las vendas. Contemplando a la momia os será fácil decretar su antigüedad. No estoy dispuesto a tirar una fortuna en un vulgar cadáver embalsamado; pero si se trata de una momia de la XVIII Dinastía no repararé en gastos.

—¡Quieto, Hal...! Déjame a mí. Procederé con más cuidado. El doctor Greene tomó el estilete.

Inspeccionó detenidamente la momia. Buscando el lugar más adecuado.

—Aquí... tras la oreja izquierda… El vendaje parece menos resistente y no causaremos...

—¡Corta! —ordenó McCormick, con impaciencia.

Las vendas que cubrían totalmente el cadáver tenían un color grisáceo. Con una fina capa de polvo.

—Busca unas pinzas o algo similar, Andrew. Houser revolvió en la caja de herramientas. Tendió a Greene unas pinzas metálicas.

El doctor cortó el vendaje a la altura de la oreja izquierda. Subió hasta la sien. Con las pinzas iba retirando cuidadosamente las vendas.

Sus manos empezaron a acusar un leve temblor.

A medida que iba descubriendo parcialmente el rostro de la momia. Los tres hombres contenían la respiración.

En un tenso silencio.

Un silencio roto por la apagada voz de Houser.

—Es... es espeluznante...

La parte superior del rostro de la momia había quedado al descubierto.

La acartonada frente con marcados repliegues y estrías en la reseca piel. Carecía de cejas y cabellos. Los ojos hundidos y en aquella oquedad,

sobre los cerrados párpados, se almacenaba el moho y una pelusa. Diminutas protuberancias verdosas cubrían el rostro. Las fosas de la aplastada nariz taponadas por una viscosa sustancia.

—¿Qué opinas ahora, Donald?

El doctor demoró unos instantes su respuesta a McCormick. Tragó saliva.

—Una buena adquisición, Hal. Es una momia antigua.

—¿De la XVIII Dinastía?

—Eso requiere un estudio más amplio. Yo trabajaré en la momia y Andrew tratará de descifrar el jeroglífico del sarcófago. Entre los dos encontraremos una respuesta. Hay que actuar con discreción y prudencia. Apuesto qué las autoridades egipcias no tienen conocimiento de la existencia de esta' momia, pero de saberlo la reclamarían para su legal patrimonio artístico. Nos encontraríamos en serias dificultades por sacarla clandestinamente.

—No te preocupes por eso, Donald —tranquilizó McCormick, que nuevamente había recuperado la sonrisa—. He tomado todo tipo de cautelas. ¿Cuándo empiezas a trabajar?

—Lo antes posible. Instalar la urna en mi laboratorio requiere un par de días, pero es preferible trasladar la momia allí mañana mismo. La sala está mejor aclimatada que este garaje.

—Te la enviaré mañana a primera hora. Quiero también... ¿Qué haces, Andrew? Houser estaba manipulando con el estilete.

Entre las vendas de la momia.

—Hay., hay un segundo vendaje...

Donald Greene se inclinó otra vez sobre el sarcófago.

—Sí... es cierto... En esta parte del cuello hay otro tipo de vendaje., más oscuro y mohoso...

—Puede que el vendaje de encima fuera debido a un reciente accidente de tráfico — rió McCormick ya recuperado y con humor.

Un humor que no fue compartido por Houser y Greene. Los dos hombres intercambiaron una inquieta mirada. Colocaron la tapa del sarcófago.

—Bien, Hal. Te espero mañana a primera hora. Marcho ahora mismo para acondicionar una de las salas de mi laboratorio.

—Magnífico, Donald. Yo también iré ahora a The Beacon. Quiero estudiar el lugar de emplazamiento para la momia de Sheikan.

Abandonaron el garaje.

Houser y Greene se acomodaron en un «Mercury».

Hal McCormick les despidió bajo el porche del bungalow.

Sonriente.

Una sonrisa que tampoco era compartida por sus invitados.

—¿Qué dices a todo esto, Donald? —interrogó Houser enfilando el auto por la Gold Avenue.

—No me gusta.

—Opino igual. Hal ha ido demasiado lejos. Es un patán forrado de dólares que colecciona obras de arte como si fueran cajas de fósforos. La momia de Sheikan, El hijo de Zhairon, dios del Terror y de la Muerte...

—No puede ser verdad.

Andrew Houser asintió con un movimiento de cabeza.

—Esperémoslo, De ser cierto...

Los dos hombres cruzaron una fugaz y atemorizada mirada.

CAPITULO III

Los ojos de Joanne Scott no ocultaron su desprecio. Desde el ventanal del salón contempló la salida del «Dodge Charger». La pesada puerta metálica de la muralla se cerró automáticamente.

—Adiós, bastardo —dijo Joanne—. ¡Estréllate! Paul Jagger rió divertido.

—No seas perversa, Joanne. El pobre Mike va con él.

—Mike tiene la cabeza demasiado dura —sonrió ahora la muchacha —. Saldría ileso a cualquier accidente. Sólo deseo la muerte de McCormick

—¿Crees que encontrarías un empleo mejor? Yo estoy contento. Muchos envidiarían mi puesto de ayuda de cámara.

Joanne giró.

Con una mueca de ira.

—¿Ayuda de cámara? ¡Eres un lacayo! Al igual que yo. Paul Jagger se encogió de hombros.

Tomó la botella de «Johnnie Walker» del mueble-bar acomodándose acto seguido en el largo sofá.

Era un individuo joven. De unos veintiocho años. Rostro atractivo. De facciones aniñadas.

Aplicó el gollete de la botella a los labios.

—Esta mañana, cuando te vi salir de tu habitación, no parecías tan disgustada.

—Eres un...

—Tranquila, nena —sonrió Paul Jagger—, No te enfades conmigo. McCormick pasará la noche en The Beacon. Estamos solos y vamos a celebrarlo, ¿de acuerdo?

La joven acudió al sofá.

Paul Jagger dejó la botella de whisky para abarcar la cintura femenina. Unieron sus labios.

—Eres un cínico, Paul... Un cínico encantador...

Jagger deslizó los anchos tirantes del níveo delantal. Los botones del vestido en la espalda. Manipuló en ellos.

—Me gustas, Joanne. Yo te he seleccionado entre una veintena de atractivas muchachas.

—Sí... me elegiste para McCormick.

Paul Jagger bajó la parte delantera del vestido.

Los senos de Joanne, semiocultos por un fijo sujetador calado, se mostraron erguidos y desafiantes.

—No te engañé. Fui sincero al advertirte de ciertos... servicios especiales para el señor McCormick. Y tú aceptaste.

—No conocía a McCormick. Es un degenerado que... Jagger se apoderó de los labios de la muchacha.

La fue reclinando lentamente sobre el sofá. Sin interrumpir el apasionado beso. Acariciando con sus manos el cuerpo femenino. Haciéndola estremecer de placer.

—Te sacaré de aquí, nena. Llevo ahorrando bastante tiempo. Son ya dos años los que permanezco al servicio de McCormick. Jamás me pide cuentas de los gastos...

—¿Cuánto le llevas timado? —Sonrió Joanne, moviéndose sensual para acentuar el abrazo—. Dímelo...

Jagger buscó de nuevo los carnosos labios de la joven.

Se ladeó ligeramente permitiendo que su diestra entrara en contacto con la tenue tela del sujetador.

Lo arrancó.

La piel de Joanne quemaba.

El intercambio de caricias, ya más audaces y apremiantes, fue bruscamente interrumpido por el ladrar de un perro.

Paul Jagger alzó la cabeza.

—Es «Pepper»...

—Déjale que ladre —jadeó Joanne—. Sigamos,,, Jagger se zafó de los brazos femeninos.

—Está con la cadena. Mike olvidó de soltarlo.

—Los sistemas de seguridad están conectados, Paul. Nadie puede saltar la muralla ni forzar la puerta sin que suene la alarma.

—Hay ladrones expertos en electrónica —rió Jagger—. «Pepper» está mejor suelto.

Joanne suspiró resignada.

—De acuerdo. Aprovecharé para ponerme cómoda —la muchacha se incorporó. Atrapó el sujetador antes de que cayera sobre la alfombra—. ¡Oh, no...! Has roto el cierre del... ¡Me costó veinte dólares!

Paul Jagger abandonó el salón riendo a carcajadas. Salió al porche.

La caseta de «Pepper» estaba próxima al invernadero. Jagger dirigió una mirada al garaje.

La puerta estaba abierta y luz en el interior. Encaminó sus pasos hacia allí.

Accionó el interruptor dejando la estancia en penumbra. Una franja de luz se marcaba bajo la puerta de la habitación de herramientas.

Paul Jagger profirió una maldición mientras empujaba la hoja de madera. Interrumpió el iniciado movimiento de pulsar el interruptor.

Su mirada quedó fija en la caja.

La rectangular caja que tan misteriosamente había recibido el señor McCormick aquella misma mañana.

Se aproximó.

Impulsado por la curiosidad.

Al quitar la madera descubrió el sarcófago.

No hizo ademán de deslizar la tapa. Su curiosidad había quedado

satisfecha y decepcionada.

Una momia.

Una muestra más del absurdo coleccionismo de Hal McCormick.

«Pepper» seguía ladrando. Con más insistencia.

Paul Jagger se alejó a grandes zancadas. Indiferente a lo que dejaba atrás.

Grave error.

Aquélla no era una vulgar momia.

De haber permanecido unos segundos más en la habitación se hubiera percatado de ello.

Habría contemplado un acontecimiento único. Un espectáculo extraordinario.

Sobrenatural...

Aunque tal vez fuera mejor no presenciarlo.

Paul Jagger no se hubiera entusiasmado con el despertar de Sheikan, príncipe de las Eternas Tinieblas.

* * *

Todo empezó muy lentamente. Primero fue el brazo derecho.

Un movimiento imperceptible en su comienzo.

El brazo de la momia se fue alzando con macabra lentitud hasta formar un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Quedó unos instantes extendido. Rígido.

La mano, envuelta en vendajes que semejaban un muñón, se abrió con siniestro rasgar de tejidos.

Asomaron sus dedos. Largos y gruesos.

Cada uno de ellos protegido por un vendaje atezado y mohoso. Muy distinto al rasgado.

La mano izquierda también se abrió.

De nuevo el desgarrar de la tela para librar los aprisionados dedos igualmente envueltos por un segundo vendaje.

Los siguientes movimientos de la momia hubieran paralizado de terror a todo humano.

Fue espeluznante el ver incorporarse a aquella monstruosa criatura. De una estatura superior a los dos metros. Corpulento. Acentuada su voluminosidad por los vendajes que le cubrían de pies a cabeza. Destacaba sus manos por las vendas más renegridas.

Sus manos... y algo más.

Fue al abandonar el sarcófago.

Las vendas cortadas por el doctor Greene se deslizaron. Las tiras quedaron colgando. Descubriendo la parte superior de! rostro de la momia. Aquellas facciones acartonadas y nauseabundamente plagadas por las verdosas protuberancias minúsculas.

Los resecos párpados iniciaron un leve movimiento.

Imperceptible bajo aquella capa de moho y enmarañada pelusa gris. Entreabrió los ojos.

Parpadeó.

La nauseabunda cortina que semiocultaba sus ojos se desvaneció por completo; pero sí los hizo visibles.

Los ojos de la momia.

Dos diminutas esferas blancas. Totalmente níveas.

Sin iris ni pupila.

La momia comenzó a caminar. Torpemente.

Con los brazos levemente alzados.

Sus silenciosas pisadas contrastaban con el infrahumano sonido que parecía emitir a cada movimiento. Un espeluznante y tenue crujir. Como si los pliegues de la acartonada piel se resquebrajaran a cada zancada.

Salió de la habitación.

Se detuvo a unas tres yardas de la abierta puerta del garaje. Tal vez por los ladridos y por la voz de Jagger.

—¡«Pepper»...! ¡«Pepper»!!..! ¡Maldita sea...! —Gritaba Paul Jagger —. ¡Aquí, «Pepper»! ¡Regresa!

El perro, un poderoso ejemplar danés, corría veloz hacia el garaje sin cesar de ladrar.

Era un animal adiestrado para atacar a cualquier intruso.

De ahí que no dudara en abalanzarse sobre la momia en un acrobático y feroz salto.

Sheikan se limitó a apartarla con el brazo izquierdo.

Un movimiento que, aparentemente sin energía, proyectó violentamente al animal contra la pared distante varias yardas.

Cayó sin vida. Reventado.

Paul Jagger llegó jadeante.

—¡Maldito perro...! ¿Dónde...?

La apagada luz del garaje hizo que Paul Jagger se adentrara a ciegas. La iluminación procedente de la habitación de herramientas sí le permitió distinguir la fantasmagórica figura de Sheikan; pero ya era demasiado tarde para retroceder.

Tampoco hubiera podido hacerlo. Quedó inmóvil.

Aterrorizado.

Con los ojos desorbitados y una mueca de horror desencajando sus facciones.

Ni tan siquiera reaccionó cuando la zarpa de Sheikan le atenazó el cuello. Aquellos dedos envueltos en oscuros vendajes comenzaron a apretar. La muerte de Paul Jagger fue casi instantánea.

Rota la vértebra cervical.

La momia culminó su obra proyectando el puño derecho contra la cabeza de Jagger.

Sin soltarle el cuello.

El espectáculo fue alucinante.

El crujir del cráneo al ser hundido. Escupiendo sangre por la nariz, boca, oídos... La cabeza de Paul Jagger quedó aplastada.

Convertida en una deforme masa sanguinolenta.

CAPITULO IV

Joanne empezaba a impacientarse.

Se ladeó en el lecho para aplastar el cigarrillo en el cenicero emplazado sobre la mesa de noche.

Alisó el négligé.

Con nulo resultado.

Aquella vaporosa prenda apenas le cubría el slip de encaje. Bajo la tela se transparentaban provocativos los erectos senos.

Joanne se reclinó aún más en la almohada. En sus bellas facciones un mohín de disgusto.

Se disponía a encender un nuevo cigarrillo cuando escuchó el ruido procedente del living.

Sonrió.

Una sonrisa que paulatinamente desapareció con los minutos de espera.

—¡Paul...! ¡Estoy aquí, Paul...! No busques la botella de whisky. ¡La tengo yo...! No recibió respuesta.

Pero sí un ruido por el corredor. Un extraño sonido.

Imposible de definir. El ruido cesó.

De nuevo llegó a oídos de Joanne. Cada vez más cercano.

—¡No conseguirás asustarme, Paul! —rió la muchacha, aunque algo nerviosamente—. ¡Responde o cierro la puerta de la habitación...! ¡Paul!

Joanne apretó los puños furiosa. Saltó del lecho.

Dispuesta a cumplir su amenaza. Se detuvo a mitad de camino.

Cuando vio aparecer aquello bajo el umbral.

Las bellas facciones de Joanne se crisparon en indescriptible mueca de terror. Abrió la boca. Desmesuradamente. Los ojos igualmente desorbitados e incrédulos ante la horripilante visión.

Y Joanne gritó.

Con todas sus fuerzas. Un desgarrador alarido.

La momia avanzó con los brazos extendidos. Con tiras de gasa colgando de las muñecas.

Destacando sus largos dedos envueltos en negruzco vendaje.

También pendían las vendas de su rostro descubriendo sus infrahumanas facciones.

Joanne intentó retroceder. Escapar de aquel horror.

Su propio pánico la hizo caer aparatosamente. Dominada por el miedo gateó hacia el ventanal. Sin cesar de gritar.

Ya no pudo incorporarse. La momia le dio alcance.

Las mandíbulas de Joanne se habían desencajado. Incapaz ya de gritar dejaba escapar de su garganta roncos sonidos.

En sus ojos una súplica de piedad. Inútil.

El pie derecho de Sheikan se posó brutalmente sobre el pecho de la muchacha.

Aplastándola contra el suelo.

El desesperado bracear de Joanne fue interrumpido.

Las zarpas de la momia la atenazaron. Poco más arriba de la articulación del codo.

Y tiró. Salvajemente.

Los brazos de Joanne quedaron en cruz. Con el rostro congestionado, los ojos sanguinolentos, la boca desencajada presa de vómitos.

Haciendo presión con el pie sobre el aplastado pecho de Joanne, la momia tiró nuevamente de los brazos de la infortunada muchacha.

Ahora con más fuerza. Desmembrando el cuerpo de Joanne.

La momia trastabilló levemente al quedar con los cercenados brazos de Joanne en la mano.

La sangre goteaba sobre los vendajes. Los arrojó contra la pared.

Salpicando de rojo el mural.

Sheikan giró con maquinales movimientos.

La parte inferior de sus vendajes, hasta la altura de las rodillas, manchada de sangre al mutilar el cuerpo de Joanne.

Como un autómata abandonó la habitación. Minutos más tarde se encontraba bajo el porche. Por unos instantes permaneció inmóvil.

Como si disfrutara de la suave brisa de la noche o admirando el estrellado manto del cielo.

La momia avanzó por el jardín.

Esquivando los focos que iluminaban el asfaltado sendero que unía la entrada con el bungalow.

Llegó hasta la metálica puerta de la muralla. La empujó con ambas manos.

Al comprobar que no cedía retrocedió para poder proyectar la pierna derecha en violento impacto.

El doble cierre de la puerta se quebró.

Sheikan, profiriendo ahora infrahumanos sonidos guturales, cargó sobre la puerta, golpeándola con los puños.

El sistema de seguridad entró en funcionamiento. La alarma sonaba en el bungalow.

Y también una descarga eléctrica que no detuvo a la momia. La destrozada puerta ya no se opuso al avance de Sheikan.

Lo avanzado de la noche presentaba Crouse Boulevard desierto y sin tráfico. Sólo el espeluznante caminar de la momia por el centro de la calzada.

Fantasmagórico.

Alucinante.

San Francisco iba a contar con un habitante más. Un monstruo procedente del Más Allá.

Sheikan, príncipe de las Eternas Tinieblas, empezaba su reinado de

terror.



CAPITULO V

Los muchachos de la Prensa eran controlados por la policía.

Habían acudido en considerable número. Incluso un par de cadenas de televisión desplazaron sus cámaras.

Un doble asesinato en el bungalow de Hal McCormick era noticia de primera plana.

Simplemente por el nombre del propietario.

Aunque, de conocer las espeluznantes características del doble crimen, el nombre de McCormick dejaría de tener prioridad.

Tres coches de la Metropolitan Pólice frente al 1.436 de Crouse Boulevard, Dos vehículos más y una ambulancia en el interior del recinto.

Jonathan Barret, teniente de Homicidios, encendió nerviosamente un cigarrillo.

—¿Cómo te encuentras, Charles?

El agente Charles Campbell movió levemente la cabeza.

—Algo mejor, Jonathan. Creo que he vomitado hasta la primera papilla.

—No lo dudo. Se necesita mucho estómago para contemplar esto. Se encontraban en la habitación de Joanne Scott.

El mutilado cadáver cerca del ventanal. Sobre un gran charco de sangre. A poca distancia de los amputados brazos

El forense había concluido su examen preliminar.

El equipo de dactiloscopia seguía trabajando en la habitación y en el garaje. Llegó el agente Curtis con un cuaderno de notas.

—Nada de interés, teniente. Esta es una zona de reciente construcción. Bungalows lujosos al alcance de VIPS. Muchos de ellos permanecen aún en alquiler o venta. De los contiguos a éste, sólo el de la izquierda está habitado. La familia Jackson. Matrimonio y dos hijos. Unicamente el matrimonio pernoctó ayer. Se acostaron pronto y no escucharon nada anormal. En los restantes bungalows cercanos igual resultado.

El teniente Barret profirió una soez maldición.

—Magnífico. Destrozan una puerta a golpes y nadie se entera de nada.

—Estos bungalows son de fulanos forrados de dólares. Muchos los utilizan para clandestinas aventuras amorosas o para un week-end con la secretaria. No quieren comprometerse.

—Sigue apretándoles las clavijas, Curtis. El policía se retiró.

—¿Qué opinas, Jonathan? —Inquirió Charles Campbell dirigiendo una fugaz mirada al destrozado cadáver—. Parece obra de un loco.

Barret succionó el cigarrillo. Entornó los ojos.

Era un individuo joven. Al menos para ostentar el cargo de teniente en el Departamento de Homicidios. Recientemente había alcanzado esa

categoría. Era astuto, inteligente y de un valor a toda prueba. De seguro hubiera llegado a teniente de no ser por sus métodos personales y caso omiso a la disciplina del Departamento.

Treinta años de edad. Cabello oscuro. Frente despejada. Ojos grises. Nariz perfilada.

Labios de fino trazo y mentón firme.

Complexión atlética. Ágil.

Propia de un deportista en activo.

—¿Un loco...? ¿Qué clase de loco puede cometer semejante monstruosidad? —Murmuró el teniente Barret con tensa voz—. La cabeza de Paul Jagger aplastada como un melón. Y Joanne Scott... ¡Dios! Es alucinante.

Uno de los expertos en dactiloscopia se aproximó al teniente.

—Ninguna huella dactilar, teniente. Unicamente lo ya encontrado en el garaje.

—¿Moho?

—Sí, teniente. Moho. De no ser por lo fantástico e irreal, podría guardar relación con el sarcófago egipcio del garaje.

—¿Por qué?

El hombre de la sección de dactiloscopia tragó saliva. Consciente de lo absurdo de sus palabras.

—Pues... ese sarcófago..., son utilizados para cadáveres embalsamados. Las momias son atacadas por determinados hongos.

—¿Insinúa que el moho hallado pertenece a una momia?

—Sólo he aventurado una posibilidad, teniente. Yo no...

La llegada de dos policías uniformados interrumpió la conversación. Escoltando a Hal McCormick.

El magnate penetró en la estancia altivo y furioso.

—¿Quién es aquí el jefe? ¡Quiero ser informado de...! McCormick quedó con la boca entreabierta.

Palideció intensamente.

Ladeó la cabeza para desviar la mirada del mutilado cadáver de Joanne.

—¿Decía algo, señor McCormick? Soy el teniente Barret, de Homicidios. Ordené que se le fuera a buscar a su mansión The Beacon por un grave suceso acontecido en su bungalow de San Francisco. ¿No le parece importante las muertes de Paul Jagger y Joanne Scott?

McCormick palideció aún más,

—¿Paul... Paul también?

—Sí, señor McCormick. ¿Quiere acompañarme al garaje?

—¿Al garaje?

Jonathan Barret se percató del sobresalto del magnate.

—Ahá. Allí está el cadáver de Paul Jagger. ¿Qué le ocurre?

—¡Debí ser informado al momento! ¡Han ocupado mi casa sin...!

—Oiga, McCormick —interrumpió el teniente secamente—. Esta

mañana una de sus sirvientes externas, Doris Hogan, nos dio el aviso. Llegó como todos los días a las ocho, encontrándose con la puerta de entrada destrozada. Acudió al bungalow para telefonear descubriendo entonces el cuerpo de Joanne. Doris Hogan ha sido internada en un hospital presa de los nervios. Comuniqué con la McCormick Company y ninguno de sus empleados, ni tan siquiera su presidente Norman Redfield, me dio razón de su paradero. Envié a dos hombres a buscarle a The Beacon. Y aquí tenía dos cadáveres. No podía esperarle. Puede que se encontrara en Miami Beach o en uno de sus habituales cruceros por el mundo. Lo comprende, ¿verdad?

El teniente dio la espalda a McCormick. Sin esperar su respuesta,

Abandonaron la habitación.

En Crouse Boulevard, especialmente en tomo al amurallado 1.436, el número de curiosos iba en aumento. La policía de tráfico acordonaba con dificultad la zona.

—Su popularidad va a subir varios enteros, McCormick —comentó Jonathan Barret con deliberado sarcasmo—. Espero que no le importe.

Hal McCormick no hizo ningún comentario. Avanzó con nervioso paso hacia el garaje.

Allí continuaban los muchachos de dactiloscopia.

El cadáver de Paul Jagger permanecía cubierto con una sábana. El teniente Barret hizo una seña a uno de los agentes.

El policía se inclinó para retirar la sábana. Instintivamente cerró los ojos. La aplastada cabeza de Paul Jagger no era un espectáculo agradable.

Hal McCormick no se detuvo.

Ni tan siquiera reparó en el cadáver.

Como una exhalación pasó a la habitación de herramientas.

Su soez maldición fue audible en todo el garaje, retrocedió con el rostro crispado.

—¿Dónde está? —Gritó dirigiéndose a Barret—. ¿Dónde está, teniente? Jonathan Barret encendió un cigarrillo con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—¿Quién, McCormick?

—¡La momia! ¿Dónde está la momia? Barret casi se traga el cigarrillo.

Arqueó las cejas.

—¿La momia...? ¿Qué momia?

—¡En ese sarcófago había una momia de considerable valor! —McCormick señaló hacia la contigua habitación—, La adquirí recientemente. ¡Ha desaparecido! ¡La han robado!

—Le han robado una momia, ¿eh?

—¡Sí, maldita sea! ¡Haga algo!

Las facciones de Barret se endurecieron. Dirigió a McCormick una despectiva mirada.

—¿Por qué no echa un vistazo a Paul Jagger? Puede que le haga

olvidar la desaparición de su valiosa momia.

Hal McCormick se percató ahora del cadáver.

La cabeza de Paul Jagger convertida en una pulpa sanguinolenta. De inmediato desvió la mirada.

—Yo... yo lamento lo ocurrido a Paul y Joanne...; pero de seguro el asesino es también el autor del robo de la momia.

Barret se adentró en la estancia.

En su primera inspección no prestó atención al vacío sarcófago.

—Estaba ahí dentro, teniente —dijo McCormick con plañidera voz—. Una pieza de museo. De extraordinario valor. Una momia perteneciente a la XVIII Dinastía.

—Maravilloso.

El sarcasmo del teniente no fue captado por Hal McCormick.

—Tiene que recuperarla, teniente. Le recompensaré. Cinco mil dólares. ¿Qué le parece?

Jonathan Barret sopló sobre la nívea ceniza del cigarrillo.

—¿Quiere mi opinión, McCormick? Okay... Es usted un perfecto bastardo.

* * *

Cinco horas de interrogatorio en el Departamento de Homicidios eran demasiado para McCormick.

No estaba acostumbrado a ello.

—¡Quiero llamar a mis abogados!

Jonathan Barret, acomodado en el sillón giratorio de su mesa escritorio, arqueó las cejas fingiendo sorpresa.

—¿Abogados? ¿Por qué, McCormick? No se le ha formulado ninguna acusación. Su coartada es fabulosa. Pasó la noche ~en The Beacon. Hay testigos de ello.

—¡Ya me ha tomado declaración! ¿Por qué sigo aquí? —Gritó McCormick con la frente perlada de sudor—. ¡Tomaré represalias contra usted, Barret!

—¿Está amenazando a un policía?

La fría voz del joven teniente hizo palidecer a McCormick.

—Yo... yo... no...

—Su declaración es muy interesante, McCormick. De ahí que le haya dedicado toda mi atención. Veamos... —Barret consultó unos papeles depositados sobre la mesa—. Adquirió la momia en su último viaje a Egipto. En Luxor. A un anticuario llamado Abdel Arab-Khaldun. La momia de Sheikan, de la XVIII Dinastía. Por un precio de diez mil dólares... Una ganga, McCormick.

—Usted no puede comprender el...

—Por supuesto, por supuesto —interrumpió Barret con una sonrisa—.

Soy un pobre ignorante incapaz de apreciar todo el encanto de una momia; pero prosigamos. Recibe comunicación de Luxor indicando que ya puede hacerse cargo de Sheikan. Dado que el Gobierno egipcio prohíbe la salida de cualquier reliquia de sus antepasados, contrata los servicios de Cotten & Ekland Investigaron. Ellos se encargarían de trasladar clandestinamente la momia desde El Cairo a San Francisco. Le felicito por su elección, McCormick. La agencia de detectives Cotten & Ekland es de lo mejorcito. Especialmente Roger Cotten. Un ejemplo en la profesión.

—Tenía que acudir a detectives sin escrúpulos. La operación era ilegal. Lo reconozco y estoy dispuesto a pasar la sanción que me sea impuesta. No niego mi falta.

—Todo lo soluciona con dinero, ¿verdad, McCormick? Bien... Hemos terminado por el momento. Está precintado su bungalow de Crouse Boulevard. ¿Dónde puedo localizarle?

Hal McCormick se incorporó del sillón. Nerviosamente.

Deseoso de salir de aquel despacho.

En mi apartamento de Byrne Building o en The Beacon.

—Perfecto. Hasta pronto, McCormick. No emprenda ninguno de sus cruceros sin despedirse de mí.

McCormick abandonó la estancia.

Haciendo caso omiso al irónico comentario del teniente. Jonathan Barret no permaneció mucho tiempo solo.

La entrada del agente Charles Campbell le hizo desviar la mirada de los papeles.

—No les he localizado, Jonathan. Cotten y Ekland no se encuentran en su despacho de investigación. Tampoco en su domicilio. Nadie les ha visto en las últimas veinticuatro horas.

—Yo sé dónde localizar a Roger Cotten —sonrió Barret—. ¿Qué hay de Andrew Houser y Donald Greene?

—Aquí tengo sus declaraciones. Les ha impresionado mucho lo ocurrido. Cenaron ayer con McCormick. En el bungalow. Lo abandonaron alrededor de las diez de la noche. Hal McCormick les había invitado para que echaran un vistazo a la momia.

—¿Comentaste la desaparición?

—Sí. Ambos quedaron como la cera.

—Houser y Greene, según mis referencias, son dos amantes del antiguo Egipto. ¿Tienen coartada?

— Permanecieron juntos hasta altas horas de la madrugada. En el domicilio de Donald Greene. Preparaban el laboratorio para proceder al examen de la momia.

—¿Tú coleccionas algo, Charles?

—De pequeño me entusiasmaban las aventuras de The Phantom. Barret sonrió.

—Yo me interesaba por Rip Kirby, aunque dudo que llegara a matar

por un *comicbook*.

—¿Insinúas que Houser y Greene robaron la momia asesinando a los dos sirvientes?

La llegada de Henry Lawrence, jefe de laboratorio, interrumpió la conversación de los dos policías.

—Te veo en dificultades, Jonathan. Hal McCormick está presentando una denuncia contra ti por insultos.

—¿De veras? Esta noche, antes de dormir, temblaré un poco. Henry Lawrence chasqueó la lengua.

—Yo no lo tomaría tan a la ligera, Jonathan. McCormick es un individuo peligroso.

—Sé quién es Hal McCormick. Hijo único de John McCormick. Heredero de un imperio. Su padre fue un gran hombre, pero Hal McCormick es basura. La McCormick Company controla la mayor red de supermercados de California; aunque no es Hal McCormick quien dirige el negocio. Él se dedica a gastar alardeando de play-boy y a coleccionar obras de arte caprichosamente. Su denuncia no me va a quitar el sueño.

Lawrence asintió.

—Sí..., tienes razón. Es otra cosa lo que te quitará el sueño. He examinado las pruebas obtenidas por los de dactiloscopia. No hay duda, muchacho. Lo encontrado en la puerta y sobre los cadáveres de Paul Jagger y Joanne Scott es moho. Un tipo de hongo que se cría sobre ciertos cuerpos orgánicos y los descompone. Un moho común en las momias antiguas.

—No intentarás hacerme creer que la momia desaparecida...

—Es el resultado del análisis, Jonathan. Las conclusiones debes sacarlas tú. También he examinado las dos tiras de vendaje halladas sobre el sarcófago.

—Las cortó el doctor Greene de la momia —dijo Charles Campbell —. Lo hizo a indicación de McCormick para comprobar su autenticidad.

Lawrence empujó con el dedo índice el puente de sus lentes. Sus facciones se ensombrecieron.

—Es algo muy curioso, Jonathan. Uno de los trozos del vendaje es una fibra actual. De reciente fabricación. Sin embargo, pegado a ella, he encontrado unos hilos de una tela envejecida.

—Hal McCormick me comentó ese punto —dijo Barret—. Dudaban de la autenticidad de la momia por el vendaje. Aunque recubierto de polvo, Houser y Greene lo consideraban antiguo. Descubrieron un segundo vendaje.

—Estaban en lo cierto. El polvo que se acumulaba sobre el vendaje no fue depositado por e! transcurso del tiempo. Lo he analizado también. Es reciente. Fue como si vaciaran el contenido de un aspirador sobre la momia.

Jonathan Barret entornó los ojos. Paulatinamente asomó a sus labios una sonrisa.

—Gracias, Henry. Me acabas de proporcionar una magnífica pista.

CAPITULO VI

Jonathan Barret pulsó el llamador por tercera vez.

Transcurrieron unos segundos más.

La puerta se entreabrió muy levemente asomando el rostro de una mujer. De unos veinticinco años de edad. Sus facciones, aunque no muy atractivas, resultaban marcadamente sensuales. En especial su boca de carnosos labios.

El rostro de la mujer no ocultó la mueca de desagrado.

—¿Qué quiere, teniente?

—Quita la cadena de seguridad, Sally. Vamos a platicar un poco.

—No... no estoy vestida...

—¿Eso te preocupa, Sally? —Sonrió Barret, con cinismo—. Imagina que haces tu número de strip-tease en el Tarot y yo soy uno de los clientes.

—No he hecho nada malo, teniente. No quiero...

—Escucha con atención, Sally. Vengo solo. Como amigo. Simplemente a formular un par de preguntas; pero si lo prefieres llamo a un coche patrulla y conversamos en el Departamento.

Sally dudó.

Se decidió por quitar la cadena de seguridad y abrir la puerta para permitir el paso del policía.

No había mentido.

Sally sólo llevaba encima una larga bata estampada.

Sin botones. Tampoco tenía lazo para anudarla a la cintura.

Los opulentos senos femeninos al descubierto, la suave curva del vientre, la redondez de las caderas...

La mujer cerró la bata con ambas manos. Cubriéndose con falso pudor.

—¿Qué quiere de mí, teniente?

Jonathan Barret trazó una mirada por el salón comedor.

En la mesa restos de comida y varias latas de cerveza vacías. El cenicero repleto de colillas.

—Dile a Roger que salga. Tenso que hablar con él.

—¿Roger? ¿Roger Cotten...? ¡Ése hijo de perra! —Vociferó Sally—. Hace tiempo que no le veo. Exactamente desde que le presté cien dólares. El muy marrano me prometió... ¡Teniente!

Barret avanzaba por el pequeño corredor. Abrió una de las puertas.

Sally corrió tras él.

Ya sin molestarse en cubrir su desnudez.

—¡No tiene ningún derecho, teniente...! ¡No puede...!

Jonathan Barret, haciendo caso omiso a las protestas de la mujer, se adentró en la estancia.

El dormitorio aparecía en total desorden.

El policía acudió al contiguo cuarto de baño.

Después de accionar el interruptor de la luz deslizó la cortina del baño. Allí estaba Roger Cotten.

Dentro de la bañera. Vestido.

—Jugando al escondite, ¿eh, Roger? —Barret chasqueó la lengua—. Eres como un niño... Anda, fuera de ahí.

Roger Cotten forzó una sonrisa.

Frisaba en los cuarenta años de edad. Ojos saltones con pobladas cejas, nariz ancha y boca grande.

—Hola, Jonathan... Creí que era el actual novio de Sally. Trabaja en los muelles. Un tipo muy rudo.

Barret ladeó la cabeza.

—¿Quieres dejarnos solos, Sally?

La mujer obedeció no sin antes dedicar al policía una iracunda mirada.

Roger Cotten salió de la bañera pasando al dormitorio. De la mesa de noche tomó una cajetilla de «Winston».

—¿Un cigarrillo, Jonathan?

—¿Dónde está Charles Ekland? —inquirió Barret sin aceptar la invitación.

—Lo ignoro. Nos hemos tomado unas pequeñas vacaciones.

—Comprendo. La paga de Hal McCormick fue espléndida, ¿no es cierto? Cotten arrugó la nariz.

—¿McCormick...? No recuerdo...

—No te comportes como el detective honrado, fiel al anonimato del cliente. Tú no tienes escrúpulos, Roger. Serías capaz de vender a tu madre por unos dólares, Estoy aquí por un asunto grave. Puedes leerlo en las últimas ediciones de los vespertinos. Se ha cometido un doble asesinato en el bungalow de Hal McCormick.

—¿Asesinatos? —Cotten bizqueó—. ¡Infiernos...! Ese no es mi terreno, Jonathan. Tú lo sabes.

—Háblame de vuestro viaje a Egipto, Roger.

—¿Qué tiene que ver eso con los asesinatos? Barret entornó los ojos.

Endureciendo las facciones.

—No me respondas con preguntas, Roger. Ya conoces lo escaso de mi paciencia.

—Bueno... Tranquilo, Jonathan, tranquilo... El señor McCormick nos encargó retirar una mercancía a su nombre. Nos trasladamos a Luxor.

—Qué clase de mercancía?

—Te vas a reír, Jonathan. ¡Una momia! Hal McCormick se gastó miles de dólares en conseguir una momia. Nos pagó bien. Teníamos que sacarla clandestinamente de Egipto. Ayer mismo se la entregamos recibiendo la otra parte de lo acordado y dando por terminado nuestro trabajo. ¡Una momia, Jonathan! Divertido, ¿verdad?

—Mucho. Ahora te voy a contar yo algo más gracioso. La momia ha desaparecido. La estamos buscando como sospechosa de los dos asesinatos.

Cotten dejó bruscamente de reír.

De nuevo sus saltones ojos bizquearon.

—¿Es una broma?

—No, Roger. Los muertos son Paul Jagger y Joanne Scott. Ambos sirvientes de McCormick. A Jagger le aplastaron la cabeza como si fuera un melón. Lo de Joanne Scott aún fue peor. Le arrancaron los brazos de cuajo. La puerta de entrada de la muralla destrozada a golpes desde el interior. El autor debe ser alguien de fuerza sobrenatural. Una intensa palidez se había apoderado de Cotten.

El cigarrillo tembló en su diestra.

—Era una momia, Jonathan... Un cadáver embalsamado... no puede...

—Tal vez no fuera una momia.

—¡Lo era! Charles y yo...

Roger Cotten se interrumpió mordiéndose el labio inferior. El teniente esbozó una sonrisa.

—Sigue, Roger. ¿Qué ibas a decirme?

—Bueno... nosotros echamos un vistazo a la caja. Simple curiosidad. Era un sarcófago de madera. Sin valor. Y en su interior una momia putrefacta.

—¿Por qué le colocaste un segundo vendaje, Roger?

—¿Nosotros? Sufres un error, Jonathan... Ni tan siquiera la tocamos.

—De seguro fueron ésas las órdenes de Hal McCormick. No tocarla. Una orden no obedecida. Destrozaste el primitivo vendaje y, para ocultarlo ante McCormick, colocaste nuevas vendas rociándolas de polvo para simular una falsa antigüedad.

—¡Eso no es cierto!

—Ponte en contacto con Charles Eklan. Mañana a primera hora os quiero a los dos en mi despacho... Te advierto que...

Un ensordecedor ruido ahogó las palabras de Barret. Acto seguido se escuchó el desgarrador grito de Sally. Un alarido de terror bruscamente cortado.

Jonathan Barret, con portentosa capacidad de reacción y reflejos, abandonó precipitadamente el dormitorio.

Al salir al corredor descubrió la puerta de entrada al apartamento abatida. Rotos los goznes, el cierre y la cadena de seguridad.

Barret se apoderó del revólver oculto en la funda sobaquera. Al llegar al salón comedor se detuvo bajo el umbral.

Paralizado.

Reflejando en su rostro una mueca de estupor, incredulidad... y terror.

—Santo Dios...

Las palabras de Barret fueron un susurro apenas audible. Estaba allí.

La momia.

Sheikan, príncipe de las Eternas Tinieblas.

Sus descomunales manos atenazaban la cabeza de Sally proyectando el cuerpo de la mujer contra la pared.

Una y otra vez.

Como si fuera un muñeco de trapo.

La soltó al percatarse de la presencia de Barret. La momia empezó a caminar.

Con los brazos extendidos.

Con la horripilante visión de aquellos ojos blancos y la acartonada piel momificada y mohosa.

—¿Qué ocurre, Jonathan? —Cotten llegaba corriendo por el pasillo —, ¿Qué ha...?

—¡Atrás, Roger! —Gritó Barret apretando el gatillo del revólver—. ¡Vuelve a la habitación!

—Pero...

Roger Cotten, ya junto al teniente de Homicidios, descubrió a la momia. Un escalofrío de terror le hizo temblar convulsivo. Las rodillas le flaquearon. Movió los labios, aunque incapaz de articular sonido alguno.

Barret volvió a disparar.

El segundo impacto se confundió con el primero. En el pecho de la momia.

A la altura del corazón.

Aquello no detuvo el avance de Sheikan. Prosiguió arrastrando los pies. Con el vendaje salpicado de reseca sangre.

—No... no le hacen nada...

Jonathan Barret apretó el gatillo hasta vaciar el cargador.

Seis negruzcos círculos se dibujaron sobre el vendaje del pecho.

Fue entonces cuando la momia profirió metálicos e inhumanos sonidos. Sus espeluznantes manos ya casi rozaban a Barret.

El teniente retrocedió de ágil salto.

Tropezando con el aún paralizado Roger Cotten.

—¡Maldita sea, Roger! —Barret le empujó por el corredor—. ¡Muévete...! ¡Ya nada podemos hacer por Sally!

Se encerraron en la habitación.

Jonathan Barret empujó el armario hacia la puerta.

—Ayúdame, Roger... ¡Roger!

El miedo había hecho reaccionar finalmente a Cotten.

Se había precipitado hacia el ventanal abriendo la hoja para pasar a la escalera de incendios.

Barret no tuvo tiempo de colocar el armario. La momia ya estaba allí.

Había hecho saltar la puerta como si fuera de cartón. Jonathan Barret retrocedió.

Al igual que Cotten buscó también la salvación por la escalera de incendios. Inició el descenso.

En dirección contraria a la de Roger Cotten, ya que éste subía hacia

los pisos superiores.

Súbitamente todo el andamiaje de la escalera de incendios comenzó a tambalearse. Como si un terremoto azotara la ciudad.

Jonathan Barret alzó la mirada.

Sin detener su desenfrenada carrera.

Se le heló la sangre al descubrir cómo la momia zarandeaba los tíos barrotes de sujeción de la escalera de incendios. Lo hacía desde el interior de la casa, Alargando los brazos. Atenazando con sus zarpas las barras de hierro.

Se escuchó el lejano Ulular de una sirena. Alguien había dado aviso a la policía.

Jonathan Barret rodó varios peldaños. Era ya imposible mantener el equilibrio.

La escalera de incendios, de construcción ya de por sí frágil y con una cierta antigüedad, parecía próxima a desplomarse.

Barret alcanzó la segunda planta. Sudoroso.

Con la sangre golpeándole en las sienes.

Ya pronto pisaría tierra firme, sin embargo, Roger Cotten llegó antes. Sí.

Lo hizo por la vía más rápida. La más rápida y mortal.

Cayendo al vacío cuando ya se encontraba a pocas yardas de la terraza. Jonathan Barret le vio pasar.

Como una exhalación.

Con un angustioso alarido que cesó en brutal contacto con el asfalto.

El teniente Barret, ya en los últimos peldaños, escuchó el macabro ruido originado por el cuerpo de Cotten al estrellarse contra el suelo.

Un coche de la Metropolitan Police se detuvo con estridente chirriar frente al callejón.

Descendieron dos agentes uniformados. Barret les acudió al encuentro.

Jadeante.

—Soy el teniente Barret, de Homicidios... Pidan refuerzos... Hay que cercar toda esta manzana...

Uno de los agentes procedió a manipular en la radio del auto.

—¿Qué ha ocurrido, teniente? —inquirió el otro policía.

—Allí... en el cuarto piso...

Vio iluminado el ventanal del cuarto piso.

—No hay nadie, teniente. En efecto.

No había nadie en el ventanal. La momia había desaparecido

CAPITULO VII

Bien.

Ya era del dominio público.

Divulgado en grandes titulares por todos los periódicos.

«La momia asesina.»

«Una momia viviente deambula por las calles de San Francisco.»

No fue posible ocultarlo a la Prensa. Varios testigos habían visto a la momia zarandeando la escalera de incendios del 1.013 de Gold Street. Lamentablemente ninguno de esos testigos le vio escapar.

Se desvaneció. Como un fantasma.

Escapando al cerco de la policía.

También la Prensa comentaba los monstruosos asesinatos de Paul Jagger, Joanne Scott y Sally Bisset. Con todo, detalle. Y aquello hacía dudar a los incrédulos.

Un cadáver desmembrado, una cabeza aplastada, un cuerpo destrozado contra la pared...

El asesino no era un hombre vulgar.

Ni tan siquiera podía ser obra de un individuo dotado de poderosa fuerza. Aquello era obra de un monstruo.

De la momia de Sheikan.

Prensa, televisión, radio... Todos los medios de comunicación citaban a expertos en la materia para que manifestaran sus teorías. En pro y en contra a la fantasmal hipótesis de la existencia de una momia viviente.

Los polémicos debates sólo consiguieron una cosa: incrementar la psicosis de terror en la ciudad.

La policía hizo pública una nota oficial que por su incoherencia contribuyó aún más a esa sensación de pánico.

La resonancia del caso y sus peculiares características obligó la intervención del Federal Bureau oí Investigation.

El Departamento de Homicidios quedaba al margen de la investigación. Máxime después del fracaso del teniente Barret,

Su informe fue minuciosamente estudiado por el FBI. Con gran regocijo.

—Una momia, ¿eh, teniente?

—Sí, señor.

Jeff Youngson, SAC del Federal Bureau of Investigation en San Francisco, volvió a sonreír. Sin ocultar su escepticismo.

—Es usted un tirador especial, teniente. Vació el cargador de su revólver sobre... la momia. ¿Cuántos impactos le alcanzaron?

—No fallé ninguno de los disparos, señor.

—Comprendo. La momia iba acorazada.

Jonathan Barret apretó con fuerza las mandíbulas.

—Es lógica su incredulidad, señor; pero afortunadamente para todos el sagaz Federal

Bureau of Investigation se ha hecho cargo del asunto. Espero Que pronto solucione el caso dando todo tipo de explicaciones. ¡Una momia...! ¡Ridículo! Las huellas de moho, la descomunal fuerza demostrada por el asesino, el poder zarandear una escalera de incendios. . ¡Trucos! No hay tal momia. De seguro un espía disfrazado. O tal vez la reencarnación de Dillinger.

El inspector Jeff Youngson entornó los ojos. Acentuando las arrugas de su rostro.

Acusando la réplica de Barret.

Los espías rusos era la eterna fobia del FBI. Y la muerte de John Dillinger, acontecida en el año 1934, uno de sus relativos éxitos explotados hasta la saciedad.

—No dude que triunfaremos, teniente.

—Les deseo suerte.

—Usted colaborará con nosotros —advirtió Youngson—. He recibido órdenes directas de Washington. No las comparto, pero las acepto con disciplina. Uno de nuestros agentes especializados en... determinados temas ha llegado hoy a la ciudad. Le espera en el 1.237 de Shyer Road, apartamento 402-C. Debe reunirse con él y ayudarle en sus investigaciones.

—¿Algo más, señor? Jeff Youngson sonrió. Cordial.

—No es la primera vez que el Departamento de Homicidios se une al FBI para solucionar un caso.

—Lo sé, señor. Si el éxito acompaña es un triunfo del todopoderoso Federal Bureau of Investigaron. De no conseguirlo significa un fracaso del Departamento de Homicidios. Esa es la pauta en nuestras relaciones.

El inspector del FBI volvió a entornar los ojos. Borrando la sonrisa.

—Puede retirarse, teniente. No lo olvide. El 1.237 de Shyer Road, en el...

—Lo recuerdo perfectamente, señor —interrumpió Barret—. Buenas tardes. Jonathan Barret abandonó el amplio despacho.

Minutos más tarde salía del edificio sede del Federal Bureau of Investigaron en San Francisco.

Irritado.

No sólo por haber sido relevado del caso, sino por las impertinencias e ironías padecidas a lo largo del día.

Sí.

Su informe de lo acontecido en el 1.013 de Gold Street había sido jocosamente recibido en el FBI.

Poco importaba la declaración de los testigos y las singulares características del hecho.

Culpar a una momia de los asesinatos era ridículo. Sin embargo...

Jonathan Barret profirió una soez maldición mientras hacía girar a la

izquierda el volante del «Buick».

Enfilando hacia Nob Hill.

A poca distancia de la Grace Cathedral se hallaba Shyer Road.

El 1.237 resultó ser un edificio colmena destinado a apartamentos de alquiler, oficinas y despachos comerciales.

Barret consiguió estacionar en una de las bocacalles próximas.

Antes de acudir al edificio entró en un snack atizándose un doble de whisky. Lo iba a necesitar.

Consciente de sufrir nuevas burlas e ironías en el agente Wilder. Ese era el nombre del G-Men. Se le había cursado una copia del informe mientras Barret conversaba con el inspector. Agente Wilder, 1.237 de Shyer Road. Apartamento 4G2-C.

Jonathan Barret se introdujo en uno de los elevadores del edificio. Cuarta planta.

Apartamento 402, sección C.. Pulsó el llamador.

La puerta se abrió a los pocos segundos.

La fría expresión desapareció del rostro de Barret. Parpadeó contemplando a la mujer.

Joven. De unos veinticuatro años de edad. Rostro de perfecto óvalo. Muy atractivo. Con unos ojos almendrados y labios húmedos y gordezuelos. Lucía una blusa anudada bajo el busto y ajustados hot-pants.

Tan veraniega vestimenta permitía admirar el inicio de ¡os breves y erguidos senos ceñidos bajo la tala, marcándose provocativos y sensuales. La cintura también al descubierto. Su fina y bronceada piel, el delicioso ombligo, la cimbreante cintura en contraste con la redondez de las caderas, las piernas de largos y mórbidos muslos... La muchacha le dedicó una sonrisa.

Percatándose de la sorpresa de Barret.

—¿Sí?

Jonathan Barret retrocedió levemente para comprobar las siglas fijas en el marco. No se había equivocado.

Aquél era el apartamento 402-C.

—Busco a Wilder...

La joven acentuó la sonrisa en sus carnosos labios.

—Ah..., tú debes ser el teniente Barret... No te esperaba tan pronto. Adelante, Jonathan. Yo soy el agente Wilder. Audrey Wilder.

* * *

La muchacha se inclinó para retirar los papeles, carpetas y el portafolios del sofá. Jonathan Barret, a espaldas de la joven, mantenía la mirada fija en aquel curvilíneo trasero.

Aún no había salido de su asombro.

Su lasciva mirada fue detectada por Audrey.

—Disculpa mi vestimenta. He llegado esta mañana de Los Angeles.

Apenas he tenido tiempo de instalarme, y tomar una ducha. ¿Quieres beber algo? Yo estoy con un gin-tonic.

—Prefiero whisky.

—Okay.

La muchacha acudió al pequeño bar acoplado en uno de los muebles. Se acomodaron en el sofá.

—¿Ocurre algo, Jonathan?

Barret desvió la mirada de los senos femeninos.

—Me va a resultar muy difícil creer que estoy con un agente del FBI.

—¿Quieres que te muestre mi credencial?

—No. Ya enseñas lo suficiente. Audrey rió alegremente.

Rebuscó entre los papeles depositados sobre la mesa hasta dar con la cajetilla de «Merit-Menthol».

Barret le ofreció la llama de su encendedor.

—¿Empezamos, Jonathan? Nada más llegar a San Francisco me entrevisté con el inspector Youngson. Hace unas horas me envió copia de tu informe. Relacionado con los asesinatos del bungalow de McCormick y los de Gold Street.

—Divertido, ¿verdad?

—No, Jonathan. En absoluto. El hecho de que Washington haya decidido enviarme aquí demuestra la seriedad del caso. Damos por ciertas tus declaraciones. Tu ficha te cataloga como un policía frío e inteligente. Poco dado a las fantasías. De ahí que decida en investigar las actividades de Sheikan.

—¿Crees en una momia viviente? Audrey exhaló una bocanada de humo. Sus verdosos ojos se posaron en Barret.

—Sentirías escalofríos de saber los casos sobrenaturales o inexplicables archivados en una sección secreta del Federal Bureau of Investigation en Washington. Top secret dictado por el mismísimo presidente de los EE.UU. No sólo los espectaculares dossiers relativos a OVNIS. Hay mucho más. Casos que de ser conocidos por el público sembrarían el caos y el terror en el mundo. Actualmente estaba en Los Angeles como miembro del IX Congreso Internacional de Psicoquinesia. He cursado estudios de Parapsicología y Ciencias Ocultas. También soy experta en temas del Antiguo Egipto.

—No imaginaba esas actividades en el FBI.

—Hay agentes especializados en todas las materias, Jonathan. Yo, sin pecar de inmodestia, soy lo mejor en mi género. He solucionado casos que de ser dados a la publicidad aterrarían al mundo. Me interesa mucho la momia de Sheikan.

—La he visto con mi§ propios ojos, Audrey. Destrozando el cuerpo de Sally Bisset. He disparado certeramente sin que las balas le ocasionaran daño alguno. Sin embargo, no creo en lo sobrenatural. Debe existir alguna explicación a todo esto.

—Lo sobrenatural sólo es ciencia que no se puede comprender —sentenció Audrey—. ¿Por qué acudiste en busca de Roger Cotten?

—Él y su socio Charles Ekland fueron a Egipto para hacerse cargo de la momia. Por orden de Hal McCormick. Si has leído mis informes sabes que la momia parecía presentar un segundo vendaje. Sospeché que Cotten y Ekland colocaron ese segundo vendaje. Cotten lo negó.

—De seguro mintió, Jonathan. Manipularon en la momia. Le arrancaron las vendas para apoderarse de las joyas.

—¿Joyas?

—En el Antiguo Egipto los reyes y dioses eran enterrados con tesoros fabulosos. La momia de Tutankhamón reposa con ciento cuarenta y tres valiosas joyas sobre ella. Los saqueadores no sé dedican únicamente a los sarcófagos. Arrancan las vendas para tomar las joyas. A Ramsés sólo le quedaban algunas cintas a medio arrancar en los dedos y en los pies cuando fue hallada por Maspeó en el 1875. Roger Cotten y Charles Eklan arrancaron las vendas de Sheikan, le quitaron las joyas y luego, para no ser descubiertos por McCormick, le cubrieron con un nuevo vendaje. Muy torpemente, según tu informe.

—Esa fue la opinión de Houser y Greene. Aseguran que la momia tenía las manos envueltas en vendas como muñones. Cuando yo la vi mostraba los dedos cubiertos por un vendaje diferente al del resto del cuerpo.

—Eso corrobora nuestras sospechas, Jonathan. Cotten y Ekland arrebataron las joyas a Sheikan. Me consta que mis compañeros, al igual que varias patrullas de la Metropolitan Pólice, tratan ahora de localizar a Charles Ekland. Esperemos que lo consigan antes que Sheikan.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo. Sheikan quiere recuperar sus joyas. Sólo así podrá retornar nuevamente a su eterno descanso de milenios.

Barret rió en nerviosa carcajada. Vació el vaso de whisky.

—Ya das por cierta la existencia de una momia viviente.

—¿Y tú no, Jonathan? ¿Acaso no te has enfrentado con ella?

—Hace años vi una película de Lon Chaney. Caracterizado de momia. Algo fabuloso. Muy similar a Sheikan, aunque menos horripilante.

—¿Insinúas que...?

—¿Por qué no? Una hipótesis más verosímil que la tuya.

—¿Qué me dices de su fuerza sobrenatural? ¿De su invulnerabilidad a los disparos?

—Un chaleco antibalas o... ¡Maldita sea! ¡No lo sé! No puedo explicarme su monstruosa fuerza. Sacudía la escalera de incendios como si fuera de cartón.

—Eso es propio de Sheikan. Barret arqueó las cejas.

Sin comprender a la bella agente del FBI.

—¿Qué quieres decir, Audrey?

—Se conocen muy pocos datos de Sheikan, príncipe de las Eternas

Tinieblas. Los sacerdotes de Amón, que habitaban en el valle de Karnak, al comprobar los saqueos de las pirámides decidieron trasladar las momias reales a un lugar secreto. Junto con los objetos aún no saqueados. El secreto fue bien guardado. El descubrimiento en 1875 de las treinta momias reales fue un hecho extraordinario. Treinta momias reales debidamente etiquetadas con sus nombres, con vasos, féretros, estatuas, pergaminos... En uno de esos pergaminos se hacia una breve referencia a Zhairon y a su hijo Sheikan. Dioses llegados de la Luna en un periodo no determinado de la XVIII Dinastía. Sembraron el caos y el terror en Egipto. Zhairon retornó a la Luna en una bola de fuego. Su hijo Sheikan capturado y encerrado en las entrañas de la tierra; pero no lograron aniquilar su poder. Sheikan, desde las tinieblas, continuaba su destrucción sobre Egipto. El sumo sacerdote invocó a los dioses. Estos acudieron a su llamada enviando a Khafrén, dios del Sol y del Fuego. El duelo, si lo hubo, entre Sheikan y Khafrén fue sin testigos. Lo cierto es que Khafrén se presentó con el desvanecido cuerpo de Sheikan ordenando que fuera momificado y oculto en el Valle de los Chacales. Ordenó que su emplazamiento sólo fuera conocido por el sumo sacerdote y que nadie turbara el reposo de Sheikan. Si alguien profanaba su tumba, Sheikan retornaría al mundo de los vivos.

—¿Eso es todo? —Audrey sonrió, consciente del sarcasmo de Barret.

—Es la única referencia a Sheikan. Esa y una leve mención en uno de los pergaminos archivados en el Museo de El Cairo. Narra cómo Sheikan destruyó con sus puños la incipiente pirámide del faraón. Nada más hay relativo a Sheikan.

—El anticuario que trató con Hal McCormick sí sabía algo más.

—Desgraciadamente ya no puede hablar, Jonathan. Me he puesto en contacto con un colega de El Cairo para que visitara a Abdel Arab-Khaldun. Se suicidó. El mismo día que hizo entrega del sarcófago a Cotten y Ekland.

El teniente Barret quedó en silencio. Incapaz ya de un comentario irónico.

—Una momia viviente...

—Sí, Jonathan. Esa es mi teoría. No compartida por el inspector Youngson ni por otros compañeros del FBI; pero me han enviado a estudiar tan fantástica posibilidad. Puede que el jeroglífico del sarcófago nos proporcione alguna pista. He sido remitido a la Sección Criptográfica de los laboratorios del FBI en Washington.

—Y pensar que todo empezó por el absurdo coleccionismo de Hal McCormick.

—Es un mal sujeto —afirmó Audrey—. Al igual que Donald Greene y Andrew Houser. No tenemos pruebas, pero nos consta que muchas obras de museos y colecciones privadas han sido robadas por orden de Hal McCormick. Utilizando informaciones de Houser y Greene. McCormick, con su fortuna, cree poder conseguir cualquier objeto. Sin reparar en medios. Me sorprende que no haya adquirido el pergamino de Abdel Arab-Khaldun. Era

una pieza única.

—Tal vez nos mintió.

—¿Sabes dónde localizarle?

—¿A McCormick? De seguro en The Beacon. Una especie de fortaleza enclavada en Walsh Hill.

—¿Por qué no le hacemos una visita?

Jonathan Barret correspondió a la sonrisa de la muchacha.

—Sí... Me parece una magnífica idea, Audrey. Siempre he deseado echar un vistazo a tan macabra mansión.

—¿Macabra?

—Ahá. Es como un castillo de ultratumba. Ideal para morada de fantasmas, monstruos y similares.

Audrey se incorporó del sofá. Sonriente.

—¡En marcha, Jonathan! Puede que Sheikan también haya decidido visitarlo. Las palabras de Audrey iban a resultar proféticas. Sí.

La momia ya estaba en The Beacon.

Con toda su secuela de horror y muerte.

CAPITULO VIII

Se desplazaron en el auto de Jonathan Barret. La chica del FBI había cambiado de vestimenta.

Lucía un juvenil y cómodo conjunto de camiseta de algodón y pantalón de línea pitillo.

Muy favorecedor.

En especial aquella camiseta de algodón que se ceñía a sus senos libres de sujetador. Modelándolos como una segunda piel.

—¿Aún falta mucho? —inquirió Audrey rebuscando en el bolso. Apartó una pequeña automática «Sterling 300» para apoderarse de la cajetilla de tabaco.

—Ya estamos llegando. Es esta primera bifurcación. Jonathan Barret giró el volante abandonando la autopista.

La comarcal conducía a la zona conocida por Walsh Hill. A pocas millas de San Francisco.

Las sombras de la noche ya habían hecho su aparición. Los árboles extendían fantasmagóricamente sus ramas. Moviéndose como por impulso propio. En el negro manto del cielo ninguna estrella. Tampoco la luna se había dignado a comparecer. La oscuridad era tenebrosa.

A los pocos minutos los faros del auto enfocaron brevemente la torre. Audrey no pudo reprimir un sobresalto.

La torre pareció surgir de la nada. Siniestra y fantasmal. Una torre que se elevaba entre tas sombras de los árboles. En lo alto de la colina.

Un nuevo giro del «Buick» permitió divisar otra vez la mansión. The Beacon.

En efecto.

Era como un faro destacando en la oscuridad.

El caserón de una sola planta. Gigantesco. De ventanales protegidos por gruesos barrotes. La extensión de terreno circundada por una alta muralla que no ocultaba la torreta acoplada a la casa. La construcción era antigua. Gris. Sin el menor arte arquitectónico.

—Bonita casa, ¿verdad? —Rió Barret—. Creo que fue almacén de grano a principios de siglo. Hal McCormick la adquirió hace cinco años. A la muerte de su padre. Cuando se decidió por el coleccionismo y el despilfarro de su inagotable fortuna. Mientras en la McCormick Company trabajan, él se limita a gastar y disfrutar de la vida. Mi sueldo de un mes no le llega ni para un almuerzo. Es un...

Barret se interrumpió.

Los faros del auto iluminaron The Beacon. La pesada puerta de hierro de la entrada. Los goznes de una de las hojas aparecían doblados. Arrancados del cemento de la muralla. La puerta derribada.

Audrey también se percató de ello.

—¡Está ahí, Jonathan...! ¡Eso es obra de Sheikan!

El teniente Barret frenó junto a la destruida puerta que impedía el paso del vehículo.

Descendió seguido de la muchacha.

—Espera aquí, Audrey.

—¿Esperar? —La joven empuñaba ya su automática—. ¡Soy una agente del FBI!

—Okay. ¿Qué calificación alcanzaste en las pruebas físicas? Puede que tengamos que salir corriendo. Ese juguete no le hará nada a la momia.

Jonathan Barret saltó por encima de los retorcidos hierros de la puerta.

Intentó ayudar a la muchacha, pero ya había salvado ágilmente el obstáculo, A menos de tres yardas de la muralla.

Allí estaban.

Jonathan Barret casi tropezó con uno de ellos.

Cuatro perros. Cuatro magníficos ejemplares. Uno de ellos con las fauces desgarradas. Aplastados. Reventados contra el suelo.

Barret se apoderó también de su revólver.

Después de intercambiar una mirada con Audrey prosiguió el avance hacia la casa. Una luz colgaba de! artificial porche californiano. Iluminando débilmente la zona.

Sobre los escalones yacía un individuo.

Con la cabeza aplastada. El rostro deformado a golpes. Convertido en sanguinolenta pulpa. Los ojos pendían viscosamente de las cuencas. Varios insectos del campo se bañaban en la sangre. Dos moscas habían quedado aprisionadas en el rojo líquido.

Barret le reconoció.

Por la vestimenta y complexión física.

Mike Stander. El guardaespaldas de Hal McCormick. Le había acompañado ayer a Homicidios.

El gran Mike Stander. Eclipsada estrella del catcher. Ex campeón de los pesos pesados.

—Santo Dios... —murmuró Audrey con voz apenas audible—. Es aterrador... Barret no hizo ningún comentario.

Tenía la boca seca.

Muy contrariamente a la palma de su diestra, que sudorosa y con un leve temblar aprisionaba el revólver.

Se adentró en el caserón.

La iluminación del amplio living en funcionamiento. Al fondo el salón. Con la artística lámpara también encendida. Todo parecía en orden. El mobiliario, objetos de adorno, cuadros... Una decoración y confort que contrastaba con el aspecto exterior de la casa.

—Echa un vistazo por las habitaciones, Audrey. Yo iré a la torreta.

La muchacha asintió con nervioso movimiento de cabeza.

Un largo y sombrío corredor en forma de «L». Fue inspeccionando

cada una de las habitaciones. Terminó el recorrido al pie de la torre.

Jonathan Barret apareció por el semicircular hueco. Era como si saliera de la boca de un túnel.

—Nada...

—Me queda el sótano —Audrey señaló una abierta puerta de hierro claveteada con dorados círculos. No tenía cerradura, pero sí un complicado sistema de seguridad—. Debe ser el museo particular de McCormick.

Barret descendió en primer lugar.

Ocho peldaños alfombrados y con pilotos de luz en su recorrido.

El sótano era una inmensa sala de extensión similar a la totalidad de la planta del caserón. Seis columnas de protección se sumaban a las primitivas.

Sí.

Aquél era el museo de Hal McCormick.

En vitrinas y estanterías que cubrían las paredes se almacenaban valiosos objetos de arte. Sellos que harían palidecer de envidia al más afamado filatélico, monedas de oro antiguas, porcelanas, joyas, cuadros, esculturas...

Al fondo una puerta de guillotina daba paso a la denominada Sala Roja. Dotada de electric-eye alarm, automatic light y otros dispositivos de alarma ahora desconectados. La Sala Roja.

De paredes tapizadas en bermejo terciopelo. El orgullo de Hal McCormick,

Allí estaban las mejores piezas. Las más apreciadas. Las adquiridas ilegalmente. Las que sólo podían ser admiradas por McCormick.

Allí se confundían lo macabro y lo bello.

La decapitada cabeza de Denis Boisson a poca distancia de una Afrodita de oro y marfil.

Maravilloso y alucinante.

Pero todas aquellas piezas únicas pasaron inadvertidas para Barret y Audrey. Algo más poderoso les llamaba la atención.

Hal McCormick.

Como una pieza más en su museo.

Una figura que destacaba en la Sala Roja.

Roja como los sanguinolentos trozos de cercenada carne que se esparcían por el alfombrado suelo.

La cabeza de Hal McCormick había sido seccionada de un solo tajo. Al igual que los brazos y piernas. Fue en el tronco donde se sucedieron los prolongados y repetidos cortes hasta convertirlo en viscosa masa.

Aún permanecía hundida en el desgarrado pecho el arma homicida. Un hacha del siglo XVI.

De curva y artística hoja ahora teñida en la sangre de Hal McCormick.

* * *

Jonathan Barret se llevó un cigarrillo a los labios. Con un visible temblor en sus manos.

Audrey se dejó caer en uno de los suntuosos sillones del espacioso salón. En su rostro aún se mantenía una tenue palidez. También sus ojos parecían acusar la horripilante visión.

Había terminado de comunicar con el inspector Youngson, informándole de lo ocurrido.

—¿Cómo ha reaccionado? —inquirió Barret succionando repetidamente el cigarrillo.

—¿El inspector Youngson? Con indiferencia. Dos asesinatos más en una ciudad como San Francisco no tienen importancia.

—Cuando llegue cambiará de opinión. Esto no son dos asesinatos más. Audrey no hizo comentario alguno.

Sí.

El inspector Youngson cambiaría de parecer.

Cuatro fieros perros despedazados, Mike Stander, Hal McCormick... Aquello no era obra de un hombre. Ni el más demente de los asesinos sería capaz. Sólo un monstruo inhumano podía ser el autor.

Súbitamente sonó el timbre del teléfono.

Audrey no pudo evitar un respingo unido a un grito.

El teniente Barret alargó la diestra apoderándose del micro depositado sobre la baja mesa del salón.

—¿Sí?

—Quiero hablar con el señor McCormick —dijo una apremiante voz —. Es muy urgente.

Barret dudó.

Una fracción de segundo.

Su respuesta fue un hábil combinado de sagacidad, astucia e instinto policíaco.

—Yo soy Hal McCormick —hizo una seña de mutismo al comprobar el estupor de Audrey—. ¿Quién llama?

—Ekland... Charles Ekland...

—¡Maldito seas, Charles! ¡Voy a...!

La voz de Ekland salvó al teniente de delatarse.

—Tranquilo, señor McCormick. Reconozco que le engañamos, aunque mi socio Cotten ya pagó por ello. ¿Es cierto lo que dicen los periódicos? ¿Fue... fue la momia?

—¿Dónde te encuentras, Charles? Tenemos que hablar. Se escuchó una risa nerviosa.

—Seguro, señor McCormick. Para eso le he llamado, San Francisco ha dejado de gustarme. Máxime sí la historia de la momia es cierta; aunque lo dudo. Quiero cinco mil dólares.

—Ya os he pagado.

—Roger Cotten y yo removimos un poco el sarcófago, Era una

momia muy extraña. En las manos tenía dos objetos alargados y cilíndricos. Muy brillantes. Le destrozamos los vendajes de las manos para apoderarnos de ellos, de ahí que luego nos dedicáramos a colocar nuevas vendas. Cinco mil por los dos objetos. Usted seguro sabrá apreciarlos.

—De acuerdo, Charles —replicó Barret sin dudarlo—. Cinco mil. Ahora mismo cerramos el trato, ¿Dónde nos reunimos?

—Ya es tarde, señor McCormick. Mañana le volveré a telefonear. El teniente Barret apretó con fuerza el auricular.

—Ahora, Charles. Diez mil dólares, pero tiene que ser esta misma noche. ¡Diez mil! Una pausa.

Interminable para Barret.

—Correcto, señor McCormick. En efectivo. Le espero en el Friedman Motel. Cabaña veinticuatro. No intente pasarse de listo. Soy zorro viejo y no lograría engañarme.

Cortó la comunicación.

Jonathan Barret depositó lentamente el auricular.

—¿Y bien? —Preguntó Audrey—. Era Charles Ekland, ¿verdad? ¿Qué te ofrecía?

—Dos objetos cilíndricos y brillantes sustraídos a la momia. Nos espera en el Friedman Motel.

—¡Magnífico! Apenas llegue el inspector Youngson salimos para allí. Barret hizo una mueca.

—Charles Ekland me ha advertido que nada de engaños. El mismo se ha definido como zorro viejo. Es cierto. Un tipo astuto. Un veterano detective que conoce todos los trucos del oficio. Tomará precauciones. Es capaz de olfatear la presencia de la policía varias millas. Y el FBI apesta.

Audrey sonrió.

—Okay. No espantaremos la liebre. Iremos tú y yo. Nada le diré de momento al inspector Youngson. Puede que sea lo mejor. Bastante trabajo le espera aquí.

—Me sorprende esa llamada de Ekland —comentó Barret encendiendo un nuevo cigarrillo—. Arrebata los objetos a la momia molestándose en cubrirla con unas nuevas vendas para despistar a McCormick. ¿Por qué se descubre ahora? Si la idea era vender los objetos..., ¿por qué no lo ha hecho ya? Ekland conoce a los mejores peristas de San Francisco.

—Puede que los objetos sólo sean de valor para un fanático como Hal McCormick, un amante del arte egipcio.

—Sí, es posible. Dos objetos alargados, cilíndricos y brillantes.

—Una descripción muy vaga. Los atributos de faraones y dioses eran como unos bastones de mando de oro adornados con piedras preciosas. Sin duda muy distintos a los que obran en poder de Charles Ekland.

—Desde el ventanal observaron unos focos que rompían la oscuridad de la noche.

—Ya tenemos ahí al inspector Youngson. Se encaminaron hacia el porche.

—Déjame ahí, Jonathan —dijo Audrey—, Haré que el inspector nos retenga el menor tiempo posible.

Cuarenta minutos.

Ese fue el tiempo que permanecieron con Jeff Youngson y los agentes del FBI que le acompañaban.

Sopesando hipótesis sobre el brutal y monstruoso crimen. Deducciones absurdas que escapaban a todo razonamiento lógico. Jonathan Barret ya esperaba frente al volante del «Buick».

Audrey, bajo el porche de The Beacon, intercambiaba unas últimas palabras con el inspector.

La muchacha se reunió finalmente con Barret.

Las facciones de Audrey levemente pálidas. En los gordezuelos labios femeninos un imperceptible temblor.

—¿Nos vamos?

—Sí, Jonathan —Audrey frotó los brazos forzando una sonrisa—. Tengo 1a piel de gallina.

Barret pisó el acelerador.

—¿Tienes frío?

—¡Oh, no...! Fueron las palabras de Youngson las que me han hecho estremecer. Ha mantenido hace unas pocas horas una conversación telefónica con Washington.

—¿Han descifrado el jeroglífico? Audrey cruzó los brazos sobre el pecho. Nuevamente escalofriada.

—No. Siguen trabajando en ello. Lo que sí han descubierto es un doble fondo en el sarcófago. Está reforzado por una lámina muy fina de un metal desconocido para nosotros. Un metal... cargado de radiactividad.

CAPITULO IX

El «Buick ya circulaba por las iluminadas calles de San Francisco. No se adentró en la ciudad, sino que fue bordeando el arrabal por la zona de Backus Park hasta alcanzar la autopista. Allí, casi en su inicio, destacaba el luminoso del Friedman Motel.

A doscientas yardas.

Jonathan Barret giró el volante para enfilar por el indicado ramal.

—Radiactividad en el Antiguo Egipto...

—¡Por favor, Jonathan! —Suplicó Audrey—. Dejémoslo ya. Lo hemos discutido durante todo el trayecto sin llegar a conclusión alguna... Es... es demasiado irreal. No puede ser cierto. Confirmaría las fantásticas teorías de Erick von Daniken.

—Creo haber leído su libro... Sí, ahora lo recuerdo. El mensaje de los dioses. Estaba muy de actualidad el poder de las pirámides y todas esas patrañas. Erich von Daniken afirmaba que las pirámides fueron construidas por extraterrestres.

—Correcto. Y empiezo a compartir esa teoría. Barret ahogó un suspiro.

—Magnífico. La momia es un marciano.

—Te agradezco que mantengas el sentido del humor, Jonathan. Eso me anima. Sinceramente me encuentro desquiciada.

Divisaron el Friedman Motel.

Barret fue aminorando la velocidad del vehículo.

—Yo quedaré en el auto, Audrey. Charles Ekland me conoce demasiado bien. Si está al acecho es preferible que no me vea. Procura, aunque sin levantar sospechas, tomar una cabaña cercana a la de Ekland.

—Conozco el oficio, Jonathan. Barret esbozó una sonrisa.

—Sigo sin imaginarte como agente del FBI. Eres demasiado bonita. El auto se había detenido trente al bungalow de recepción.

Desde el interior del vehículo contempló cómo Audrey se introducía en la conserjería.

Reapareció a los pocos minutos portando una llave unida a una placa. En ella figuraba el número ocho.

Se acomodó de nuevo en el asiento delantero.

—A la izquierda, Jonathan. Cabaña número ocho. En recepción hay un plano de todas las cabañas. Forman una herradura. La nuestra está casi frontal con la de Ekland.

Cada cabaña disponía de lugar de aparcamiento.

Jonathan Barret estacionó frente a la señalizada con el número ocho.

—Si Ekland nos está observando dudo que sospeche —comentó Barret introduciendo la llave en la cerradura—, Somos una pareja de enamorados más.

Penetraron en la cabaña.

Disponía de reducida antesala, dormitorio y sala de baño.

—No había luz en la cabaña de Ekland.

—Ya me he percatado de ello —Barret se adentró en el dormitorio. Sin iluminar la estancia acudió al ventanal apartando levemente el cortinaje —. Esperaremos unos minutos.

Audrey depositó su bolso sobre la mesa de noche. Se sentó en el lecho ahogando un suspiro.

—¡Buena nochecita...!

—¿Tienes sueño?

—¿Sueño? ¡Después del espectáculo de The Beacon no podría pegar ojo! Ha sido demasiado alucinante.

Barret encendió un cigarrillo.

Permaneció con la mirada fija en la cabaña de Ekland.

—No da señales de vida.

—Puede que esté como nosotros. A oscuras. En espera de la llegada de Hal McCormick.

—Creo que ya podemos salir —decidió Barret—. Su posible vigilancia sobre nosotros habrá cesado.

Abandonaron la estancia.

Jonathan Barret entreabrió la puerta de la cabaña.

Muy pocos eran los coches estacionados en la explanada. Sólo dos focos de luz se unían al luminoso de recepción.

Para no ser vistos dieron un pequeño rodeo, evitando llegar perpendicularmente. Se aproximaron a la cabaña veinticuatro.

Barret hizo girar el pomo de la puerta.

Una mueca de sorpresa se reflejó en su rostro. La hoja de madera había cedido mansamente.

Intercambió una mirada con Audrey antes de introducirse en la cabaña. Accionó el interruptor de la antesala precipitándose veloz hacia el dormitorio.

Abrió la puerta con brusquedad.

La luz procedente de la antesala iluminó parcialmente la estancia. Vacía.

Pulsó el interruptor.

El lecho en desorden. El cenicero depositado sobre la mesa de noche repleto de colillas. Una botella de whisky a medio consumir.

—El pájaro ha volado —comentó Audrey inspeccionando el cuarto de baño—. De poco nos ha servido tantas precauciones.

El teniente chasqueó la lengua. Pensativo.

—La caza no la hemos espantado nosotros. Apuesto a que Charles Ekland ya no se encontraba aquí cuando llegamos al motel. ¡Sígueme!

Volvió a apagar todas las luces de la cabaña. Encaminaron sus pasos hacia recepción.

El conserje, dado que no había detectado la llegada de ningún auto, dio un respingo al abrirse la puerta. Un sobresalto que se acentuó al descubrir la presencia de Barret.

—¡Teniente...! Barret sonrió.

—Debí imaginarlo.. ¡El bueno de Cliff!

—¿Algún viejo amigo? —preguntó Audrey.

—¡Seguro! ¿No es cierto, Cliff? Te lo voy a presentar, Audrey. Cliff Peterson, más conocido por Pig Peterson. Es, en efecto, un perfecto marrano. Acusado de violación en 1965. Cinco años de prisión. En el 72 nuevamente detenido por abusos deshonestos, poco más tarde acusado de corrupción de menores...

—Un sátiro.

—Correcto, Audrey. Un sátiro. Mira esto... —Barret alargó la diestra por encima del mostrador atrapando la revista que el perplejo recepcionista aún mantenía en sus manos—. ¿Qué te parece?

Audrey casi enrojeció.

La portada de aquella publicación porno era aberrante.

—Oiga, teniente... No he hecho nada malo —balbució el llamado Peterson—. Me he reformado. Estoy en libertad condicional y empleado aquí.

Barret le abofeteó con la revista.

—¿Reformado? ¡Los bastardos como tú jamás cambian, Cliff!

—¡Soy inocente! ¡Le juro que soy inocente!

Jonathan Barret le atrapó por las solapas hasta casi sacarle fuera del mostrador.

—¡Maldita sea, Cliff! ¿Inocente de qué? ¿Te he acusado de algo?

—Pues... supongo que lo hará...

Barret le empujó proyectándole violentamente contra el casillero. Atrapó el libro de registro.

En la cabaña veinticuatro no figuraba ningún nombre.

—¿Quién ocupa la cabaña veinticuatro?

—¿La... la veinticuatro? Está Vacía, teniente.

—Acércate, Cliff. Peterson obedeció.

Cuando estuvo al alcance de Barrett recibió el trallazo. En plena boca.

La zurda de Barret le rompió el labio inferior, que dejó escapar un hilillo de sangre.

—Esto es serio, Cliff. Ya sabes que estoy en el Departamento de Homicidios y no me molesto en pervertidos como tú; pero te has complicado en un feo asunto. Sí, Cliff. Ya no se trata de uno de tus nauseabundos delitos sexuales. Estoy buscando a Charles Ekland. Ocupa la cabaña veinticuatro, ¿no es cierto?

—Sí, teniente.

—¿Dónde está?

—Se marchó hace aproximadamente un par de horas. Después de hacer una llamada telefónica. Dijo que volvería. Creo que espera una visita

importante.

—¿Sabes algo más, Cliff? Te advierto que hay varios asesinatos de por medio. Tu silencio puede involucrarte con fatales consecuencias para ti.

—Charles Ekland se presentó aquí ayer. Quería pasar unos días inadvertido. Creo que le había hecho una fea jugada a su socio Roger Cotten. Eso es todo. Charles no me dijo nada más. Lo juro. No quiero comprometerme en nada ilegal, teniente. Prometí reformarme y...

—Estamos en la cabaña ocho —interrumpió Barret secamente—. Si regresa Charles finge que todo está en orden y sin despertar sus sospechas me telefoneas, ¿de acuerdo?

—Sí, teniente. Así lo haré.

—No lo dudo, Cliff. Si desobedeces mis indicaciones regresarás a prisión, pero antes disfrutarías de una larga temporada en el hospital. ¿Comprendes?

Cliff Peterson movió nerviosamente la cabeza. El teniente hizo una seña a Audrey.

Abandonaron el bungalow.

—Eres sorprendente Jonathan. ¿Son ésos los métodos de tu departamento?

—Son los métodos del teniente Barret en individuos como Cliff Peterson.

—Me gustan. Harías un buen papel en el Federal Bureau of Investigation.

—¡Oh, no...! Aún no he caído tan bajo. Los dos rieron divertidos.

Penetraron en la cabaña número ocho.

—¿Qué opinas de la marcha de Ekland? —Se interesó Audrey tomando el bolso de la mesa de noche—. ¿Crees que volverá por aquí?

—Es posible. No esperaba contactar hoy con McCormick. Puede que los objetos sustraídos del sarcófago no se encontraran en el motel y fuera a por ellos.

—Entonces no nos queda más que esperar su regreso. Al igual que haría Hal McCormick.

—Eso es lo que me inquieta. La ausencia de Ekland es ya demasiado larga. Nadie hace esperar a un individuo que nos va a entregar diez mil dólares.

—Tal vez escondió los objetos lejos de San Francisco. Esperemos, Jonathan. No podemos hacer otra cosa.

—A mí se me ocurre algo.

La mirada de Barret estaba fija en el busto femenino.

En aquellos erectos senos provocativamente oprimidos bajo la tela. Audrey no respondió.

Pero sí reaccionó cuando las manos de Barret la atenazaron por los hombros, atrayéndola contra sí.

Besándola en los labios. Sí.

La muchacha reaccionó.

Sus gordezuelos labios se entreabrieron para recibir el beso. Lentamente fue arqueando su cuerpo obligada por el abrazo de Barret, que con suavidad la recliné sobre el lecho.

Las manos de Audrey se juntaron tras la nuca del policía. Volvieron a unir sus labios.

La diestra de Barret se deslizó por la ajustada camiseta de algodón deteniéndose acariciadora sobre el seno izquierdo. Lo aprisionó. El gemido de placer fue ahogado por el beso de Barret.

Se abrazaron dominados por la pasión. Por un enfebrecido deseo.

Buscando en él olvido a las anteriores horas de horror. Pero el terror no había desaparecido.

Todo lo contrario.

Caminaba hacia el Friedman Motel.

* * *

Jonathan Barret se ajustó la funda sobaquera.

Con la chaqueta en la mano izquierda abandonó el cuarto de baño. Sonrió al contemplar a Audrey que dormía plácidamente.

Sobre la alfombra la camiseta de algodón, el pantalón, un diminuto slip, los zapatos...

La sábana cubría a la muchacha hasta la cintura.

El acompasado palpitar de sus senos delataba un reparador sueño. Un descanso bruscamente interrumpido por el timbre del teléfono.

Jonathan Barret se precipitó para atrapar el auricular emplazado sobre la mesa de noche.

—¿Sí?

—Teniente... Soy Peterson... Charles Ekland acaba de llegar. Está en la cabaña. Me ha preguntado si alguien le esperaba. Al responderle negativamente ha solicitado comunicación con un número de teléfono.

—No le proporciones línea, Cliff —ordenó el teniente, sospechando que Ekland trataría de comunicar con The Beacon—, Yo me encargaré de él.

Barret colgó el micro.

Audrey, sobresaltada por el sonido del teléfono, había quedado sentada en el lecho.

Mantenía la mirada fija en Barret.

—¿Ekland?

—Sí, Audrey. Ya le tenemos aquí.

—¡Jonathan...! ¡Espérame...! ¡Jonathan...! Barret hizo caso omiso a la llamada.

No se detuvo ni tan siquiera cuando Audrey saltó del lecho ofreciendo el turbador espectáculo de su escultural desnudez.

El teniente abandonó la cabaña. Ya estaba próximo el amanecer.

La oscuridad de la noche daba paso a las primeras luces del alba.

Jonathan Barret, ya sin ninguna precaución, cruzó la explanada a grandes zancadas. Directamente hacia la cabaña señalizada con el número veinticuatro.

La puerta no cedió ahora, obligando a Barret a golpearla con los nudillos. La hoja de madera se abrió casi de inmediato.

—Oye, Cliff...

Charles Ekland quedó con la boca entreabierta.

—No soy Cliff —sonrió Barret empujándole con firmeza—. ¿Me permites...? Llevo esperándote toda la noche.

Ekland cerró la puerta rojo de ira.

—¿Qué quieres, Jonathan? Estoy muy ocupado y no puedo perder tiempo.

—Tienes todo el tiempo, Charles. Hal McCormick no acudirá a la cita. Está muerto. Ya lo estaba cuando llamaste a The Beacon. Fui yo quien tomó el teléfono.

Charles Ekland era un individuo de blanquecino rostro. Ojos de astuta mirada. Semiocultos por caídos párpados. Extremadamente delgado. Frisaba en los cuarenta años de edad.

—No te creo, Jonathan.

—Ya lo leerás en los periódicos —respondió Barret despreocupadamente— ¿Dónde están los objetos arrebatados a la momia?

—¿De qué estás hablando?

—Escucha con atención, Charles. No es momento de divagaciones. Son varios los muertos. Tu socio, McCormick, sus sirvientes... Y el asesino es la momia. Tú puedes ser el siguiente.

Ekland rió burlón.

—¿La momia? ¡Aquello era un cadáver disecado! ¿Quieres hacerme creer que volvió a la vida?

Barret avanzó hacia el dormitorio. Sobre el lecho descubrió el maletín. Se le adelantó Charles Ekland.

—¡No tienes ningún derecho, Jonathan! ¡No puedes ..! El teniente proyectó el puño derecho.

Con violencia.

Al rostro de Ekland.

El detective cayó sobre el lecho v, al rebotar en el mullido colchón, recibió un segundo trallazo en el pómulo.

La mirada de sus ojos dejó de ser astuta para bizquear y perder seguidamente el conocimiento.

Barret abrió el maletín.

En el interior dos extraños objetos cilíndricos. De metal satinado. Alargados. En cada extremo dos protuberancias esféricas muy brillantes,

Ninguna piedra preciosa.

Cuando se disponía a examinar más detenidamente uno de los

cilindros escuchó el grito.

Un desgarrador alarido que quebró el silencio del Friedman Motel. Un grito femenino.

Jonathan Barret lo reconoció. Era Audrey quien gritaba.

CAPITULO X

Sheikan caminó campo a través. En la oscuridad.

Se detuvo girando torpemente.

Aún era visible la torreta de The Beacon.

Un ronco sonido brotó de Sheikan al extender los ensangrentados vendajes de sus manos.

Fue como una risa de ultratumba. Escalofriante.

Inhumana...

Parecía complacido de haber despedazado el cuerpo de Hal McCormick a golpes de hacha.

Sí.

Un arma prehistórica para Sheikan. Prosiguió el avance por entre los arbustos.

A pocas yardas de la autopista interrumpió de nuevo su caminar. Quedó inmóvil. Rígido. Con los brazos extendidos. Sus ojos, aquellas níveas esferas, experimentaron un espeluznante cambio.

Paulatinamente se tornaron verdosas hasta ennegrecer por completo. Y Sheikan desapareció.

Se esfumó en el aire Sin dejar rastro.

La rata era gruesa, lustrosa y maloliente. De espeso pelaje gris. Emitió un súbito chillido ante la brusca aparición. Escapó veloz arrojándose a la pestilente agua.

Sheikan estaba allí.

En las alcantarillas correspondientes a la Cox Avenue, En pleno San Francisco.

Se había materializado fantasmagóricamente. Rígida.

Con los bracos extendidos.

Al igual que cuando estaba en Walsh Hill. Una fracción de segundo antes. Ese fue el tiempo empleado en el fantasmal trayecto.

Los siniestros ojos de la momia recuperaron lentamente su níveo color. Empezó a caminar.

Durante horas deambuló por las alcantarillas.

Hasta las ratas más gigantescas huían atemorizadas a su paso. Se detuvo.

Le resultaba difícil contactar con los otros, pero tenía que hacerlo. Debía recupera lo que le había sido arrebatado. En caso contrario...

Reanudó la marcha.

Fue a los veinte minutos.

Había detectado a uno de ellos.

Los ojos de Sheikan se tornaron nuevamente verdosos hasta alcanzar el tono negruzco.

Y volvió a desaparecer.

Sólo quedó una especie de aura que paulatinamente se difuminó. La teletracción no fue del todo correcta.

Buscaba la presencia de Charles Ekland; sin embargo, la momia resurgió en la cabaña número ocho del Friedman Motel.

En la antesala.

La puerta del dormitorio entreabierta.

Audrey se estaba ajustando el minúsculo slip. Una reducida prenda de transparente encaje. Colocóse apresuradamente el pantalón y los zapatos. Introdujo la camiseta de algodón por la cabeza alisándola sobre los erguidos senos.

Tomó el bolso precipitándose hacia la puerta. Furiosa porque Jonathan Barret no la había esperado.

Y tropezó con la momia inmóvil en la antesala. Percibió el contacto de aquellas mohosas y ensangrentadas vendas.

Audrey retrocedió con el rostro pálido de terror. El espanto la hizo enmudecer.

Los ojos de la momia, aquellas tétricas esferas negruzcas, se tornaron verdosas para finalmente adquirir un alucinante color blanco. Parecieron quedar fijos en la muchacha.

«No te haré daño, mujer. No grites.» El horror se incrementó en Audrey.

Había recibido aquella «voz» en su mente.

La momia se estaba comunicando telepáticamente con ella.

—¿Quién.,, quién eres...?

«—Mi nombre es Sheikan, príncipe de las Eternas Tinieblas e hijo de Zhairon. ¿No dicen eso los pergaminos? Pero tú eres una mujer inteligente. Puedo leer tu mente. En ella descubro conocimientos de ocultismo y parapsicología. Has educado tu mente para que desarrolle su poder; aunque aún te falta mucho por aprender. La mente es el arma más poderosa. Un poder que el hombre no ejercita. Tú eres diferente. De inmediato me he percatado de ello. De ahí que haya decidido comunicarme telepáticamente.»

—Tú... tú no eres una momia...

«—¿No lo soy...?»

Sheikan llevó sus vendadas manos al rostro. Y tiró del vendaje que pendía de sus sienes. Descubriendo por completo sus facciones. Ante la aterrorizada mirada de Audrey.

La reseca piel formando grisáceos pliegues y diminutas protuberancias de nauseabundo aspecto; la nariz eran dos orificios que casi se confundían con la descarnada boca carente de labios.

—Las... las momias... no pueden...

Audrey se aprisionó la cabeza con ambas manos.

La voz recibida telepáticamente, aguda y silbante, se introdujo en su cerebro como un taladro.

—Yo soy especial, mujer. En los albores del siglo XXI ignoráis

todavía los secretos de la Gran Pirámide. Es necesaria la llegada del exterior. Al igual que ocurrió en el Antiguo Egipto.»

—No comprendo...

«—Sois ignorantes, pero desproporcionadamente orgullosos. No tengo que dar ninguna explicación. Fue turbado mi... reposo. Me arrebataron dos instrumentos de gran valor para mí. Los necesito. Con ellos no hubiera despertado ni ocasionado muertes. Uno de los hombres que profanaron mi cuerpo está aquí. Puedo detectarlo. Ayúdame a recuperar lo que me pertenece y nada te ocurrirá.»

—¿Y luego? ¿Qué harás?

«—Mi retorno a la vida estaba programado para más tarde. Aún me quedaban siglos de reposo. Ahora ha sido roto. Una vez recuperados los instrumentos me pondré en contacto con... con Zhairon. El me sacará de aquí. Sólo quiero...

La momia dejó bruscamente de comunicarse con Audrey. Ladeó la cabeza.

Momentáneamente.

Volvió a fijar sus níveas esferas en la joven. Y avanzó hacia ella.

Con las manos extendidas. Los vendados dedos rígidos. Con el moho salpicado de reseca sangre.

—¡Puedo ayudarte, Sheikan...! ¡Te ayudaré!

«—Ya no es necesario, mujer. Lo que busco está aquí. A muy poca distancia. Y tú debes morir. Todo el que contempla a Sheikan tiene que morir...

Audrey retrocedió encerrándose en la habitación. Se precipitó hacia el teléfono.

El cierre de la puerta saltó en pedazos. Los puños de la momia quebraron la hoja de madera.

Audrey, presa del terror, soltó el auricular corriendo hacia el ventanal. Gritó.

Enloquecida de pavor. La momia ya estaba allí. Junto a ella.

Las tremebundas manos de Sheikan ya rozaban los cabellos femeninos.

CAPITULO XI

—¡Al suelo, Audrey!

La exclamación de Jonathan Barret casi coincidió con el crepitar de los disparos. El teniente estaba bajo el umbral.

Sosteniendo el revólver con ambas manos. Apretó el gatillo una y otra vez.

Los impactos hacían blanco en la nuca de Sheikan. Sin que éste los acusara. Ni tan siquiera giró la cabeza.

Audrey no pudo cumplir la orden. Lo intentó.

Se dejó caer para escapar de aquellas terroríficas zarpas, pero la zurda de la momia atenazó los cabellos femeninos.

Sheikan levantó el brazo derecho. Sin soltar los cabellos de Audrey.

Dispuesto a propinar el mortífero golpe.

Fue entonces cuando Jonathan Barret, agotado inútilmente el cargador del revólver, se abalanzó en acrobático salto sobre la momia.

Con un valor suicida.

Consciente de que sólo así podía salvar a Audrey. Quedó abrazado a la momia. Aferrándole por el cuello.

Sheikan perdió el equilibrio ante el súbito e inesperado ataque. Y cayeron.

Aparatosamente.

Barret, Audrey... y la momia. Confundidos en espeluznante abrazo.

Audrey quedó a muy poca distancia del descarnado rostro de la momia. Como si fuera a recibir un beso de Sheikan. A escasas pulgadas de sus blancos ojos. Del horripilante boquete de su boca...

Aquella proximidad fue la que hizo que Audrey se incorporara con la velocidad del rayo.

Con una agilidad motivada por el pánico. Jonathan Barret no fue tan afortunado.

Su pierna derecha había quedado aprisionada bajo el cuerpo de la momia.

—¡Huye, Audrey! —Gritó Barret golpeando con la culata del revólver el rostro de la momia—. ¡Pide ayuda!

Sheikan se ladeó a la vez que tendía los brazos hacia atrás. Sus mohosas y vendadas manos consiguieron atrapar a Barret. Lo alzó proyectándole contra la pared.

Audrey cerró instintivamente los ojos.

No pudo ver la pirueta de Barret en el aire. Digna de un consumado trapecista.

Se encorvó protegiendo con los brazos la cabeza y flexionando las rodillas. Amortiguando así su impacto contra la pared. Cayó sobre el lecho rebotando contra la mesa de noche.

Quedó aturdido.

Como procedente de un profundo pozo le llegó la voz de Audrey:

—¡No, Sheikan.,.! ¡No lo hagas!

La momia se había incorporado con dificultad y avanzaba amenazadora hacia Barret.

De pronto detuvo su marcha.

Quedó inmóvil.

Una fracción de segundo.

Y cambió de dirección dirigiéndose hacia Audrey.

La muchacha corrió aterrorizada hacia uno de los rincones. El indescriptible miedo reflejado en sus facciones se tornó en mueca de estupor.

Sheikan la había ignorado. Avanzaba hacia la salida. Abandonando la cabaña.

La incipiente claridad del nuevo amanecer permitió divisar la monstruosa figura de la momia.

De ahí los gritos.

Varios clientes del Friedman Motel, en especial parejas, se habían asomado alertados por los gritos de Audrey y posteriores disparos.

Y ante la fantasmal aparición de la momia emprendieron veloz huida o se encerraron en sus respectivas cabañas.

Al igual que Charles Ekland.

Estaba junto a la puerta. Con el maletín en la diestra. Contemplando incrédulo y alucinado el avance de la momia.

Se dirigía hacia él.

Charles Ekland, tras aquellos instantes de paralizante terror, reaccionó penetrando nuevamente en la cabaña.

Con el maletín.

Ese fue su gran error.

Puede que Sheikan se hubiera conformado con recuperar lo que le había sido arrebatado.

Ahora ya no tenía salvación. Estaba sentenciado.

Lo comprendió al ver cómo la puerta de la cabaña era destrozada por los puños de Sheikan.

Sí.

Charles Ekland comprendió que le esperaba la más horrible de las muertes.

* * *

—¿Te encuentras bien, Jonathan? Barret sacudió la cabeza.

Todavía aturdido.

Rodeado por los brazos de Audrey, que le había ayudado a incorporarse.

—Sí... ¿Dónde está...?

—Aporreando la cabaña de Ekland.

—No doy un centavo por su piel... ¿Has pedido ayuda?

—No...

El teniente tomó el teléfono. Tecleó la palanca una y otra vez.

—Maldita sea... ¡Cliff...! ¡Cliff...!

A los pocos segundos llegó la entrecortada voz del conserje.

—¿Quién... quién es?

—¡Soy el teniente Barret, estúpido! ¡Dame línea!

—Ya he avisado a la policía, teniente —murmuró Cliff Peterson con temblorosa voz—. ¿Qué es... eso? Ha entrado en la cabaña de Ekland...

—Un coche patrulla no nos va a solucionar el problema, Cliff. Dame comunicación y...

Jonathan Barret se interrumpió al oír el desgarrador alarido.

Un angustioso grito de terror.

—¡Cliff...! Escucha con atención... Llama al 96-3524213 solicitando el envío de una Unidad Especial. ¡Rápido! Barret colgó el auricular.

Junto con Audrey corrió hacia la salida. Charles Ekland ya había dejado de gritar.

Un estremecedor silencio reinaba ahora en la explanada del Friedman Motel. El teniente introdujo seis nuevas balas en el cilindro del revólver.

—No podemos dejarle marchar, Audrey... Apenas aparezca disparamos al unísono.

—Eso no le detendrá;

—Lo sé, maldita sea; pero llamaremos su atención. Es torpe caminando. Como un autómata. Le esquivaremos. Lo importante es retenerle hasta le llegada de la Unidad Especial.

Se situaron a unas diez yardas de la cabaña de Ekland. Con la mirada tija en la destrozada puerta de entrada.

Esperando de un momento a otro 1a aparición de la momia.

—¿Tenía Ekland en su poder los dos objetos cilíndricos?

—Sí, Audrey.

—Entonces Sheikan se mostrará complacido. Eso es lo que quería.

—¿Te lo dijo él? —inquirió Barret con sarcasmo.

—En efecto, Jonathan. Hablé con la momia. Barret arqueó las cejas.

Desvió la mirada hacia la chica del FBI.

—El miedo te hace desvariar, Audrey.

—Se comunicó telepáticamente conmigo. No es... no es una momia... bueno, es un cadáver momificado; pero no... ¡Oh, Dios...! No sé...

—Es una momia muy especial —concluyó Barret con fría sonrisa—. Torpe de movimientos, pero sin embargo, capaz de desplazarse hasta The Beacon y retornar a San Francisco en cuestión de horas. Es de suponer que no acudió en taxi. Me pregunto cómo diablos pudo llegar hasta aquí.

—Apareció en nuestra cabaña, Jonathan. Al poco de salir tú. Yo terminaba de vestirme. No oí abrir la puerta. Ningún ruido. Y, sin embargo, la

momia estaba en la antesala.

Surgida como por encantamiento. Con sus negruzcos ojos...

—¿Negruzcos? Sus ojos son como esferas de hielo.

—Parecían sufrir un proceso —explicó Audrey—. En principio eran negros, luego verdosos y finalmente blancos.

—Entonces...

—¡Jonathan!

Barret había emprendido veloz carrera hacia la cabaña.

—¡No entres, Jonathan...! ¡No entres...!

El teniente hizo caso omiso a la súplica de la muchacha. Saltó sobre la destrozada hoja de madera.

La puerta del dormitorio también abatida.

Charles Ekland yacía totalmente doblado hacia atrás. Con la cabeza rozando los tobillos. Rota la columna. Aplastado el pecho. Hundida la cavidad costal...

Y también estaba allí Sheikan. En el centro de la estancia.

Rígido.

En cada mano uno de los extraños objetos cilíndricos.

Los ojos de la momia se habían eclipsado adquiriendo un tono verdoso. No reaccionó ante la aparición de Barret.

Como si no se percatara de su presencia.

Jonathan Barret, desde el umbral del dormitorio, extendió el brazo armado. Su diestra no tembló lo más mínimo. Con asombrosa sangre fría apretó el gatillo.

Ladeando levemente el cañón a cada disparo. Hasta vaciar el cargador.

Tres balas en cada ojo.

La momia continuó inmóvil. Con los brazos extendidos.

De las cuencas de sus ojos empezó a emanar una tenue columna de amarillento humo. Y al instante un pequeño estallido. La cabeza de Sheikan surgió envuelta en llamas. Como si en el interior de aquel momificado cadáver hubiera un reguero de pólvora, el fuego se propagó por todo el cuerpo. En cada una de las extremidades se originaba un pequeño estallido.

La momia pronto quedó envuelta en llamas.

Audrey llegó a tiempo de presenciar el alucinante espectáculo. Junto al también perplejo Jonathan Barret.

Los dos objetos cilíndricos, aún atenazados por la momia, se tornaron incandescentes.

En especial las brillantes esferas que adquirieron una fuerte tonalidad rojiza. Cegadora.

Un penetrante y agudo zumbido se dejó oír. Procedente de las esferas.

—¡Rápido, Jonathan! —Gritó Audrey—. ¡Salgamos de aquí!

—Pero...

—¡Va a estallar...! ¡La cabaña volará en pedazos! Salieron

precipitadamente.

No habían recorrido cinco yardas cuando se originó la atronadora explosión.

La cabaña se alzó levemente sobre su base estallando envuelta en llamas. Barret y Audrey se arrojaron instintivamente al suelo.

Abrazados, compartiendo un mutuo terror, contemplaron el final del dantesco espectáculo.

Impresionados. Con horror.

Con la mirada fija en aquellas llamas que originaban un extraño e inquietante humo amarillento.

EPILOGO

Audrey hizo un gracioso mohín.

—¿Qué te ocurre, Jonathan? ¿No te alegra la noticia? Posiblemente quede destinada en San Francisco.

—Por supuesto que me agrada tenerte a mi lado, Audrey —Barret succionó el cigarrillo—. Máxime ahora. En Homicidios me han concedido una semana de permiso. Los dos juntos lejos de la ciudad. En un lugar tranquilo.

—¡Maravilloso, Jonathan!

La muchacha se abrazó a Barret. Ofreciendo sus gordezuelos labios. El teniente los besó.

Con un entusiasmo que no complació a Audrey.

—Jonathan..., ¿por qué no eres sincero? Te ocurre algo, ¿verdad? Barret aplastó el cigarrillo.

Con irritado gesto.

—Nada, Audrey. Simplemente malhumorado. ¿No has leído los periódicos de hoy? Puedo decirte los titulares. «Solucionado el caso de la momia asesina...» «La momia era un robot construido por la organización terrorista GAR...» ¡Maldita sea! ¿Quieres decirme qué diablos significan las siglas GAR?

Audrey sonrió.

—Nada. ¿De qué te sorprendes? Todos los Gobiernos, en todas las naciones del mundo, se inventan una organización terrorista para que sirva de cabeza de turco. Bien para evitar errores propios o para evitar explicaciones de difícil comprensión. Este último es nuestro caso. ¿Qué podíamos decir?

—La verdad.

—¿La verdad? ¿Qué verdad, Jonathan? ¿La conoces tú? ¿Puedes acaso decirme quién era realmente Sheikan? ¿Una momia del Antiguo Egipto o un extraterrestre? No, querido. No conocemos la verdad. Este caso será archivado junto con otros muchos en un departamento secreto del FBI.

—Si hubiera quedado algún rastro...

—Parecía disponer de un sistema de autodestrucción —comentó Audrey—. Tanto la momia como los dos objetos cilíndricos. Atacada en su punto vulnerable se autodestruyó. Al igual que los dos cilindros. Se desintegraron. No hemos encontrado el menor rastro. Es como si jamás hubiera existido.

—¿De veras? Dudo que Joanne Scott, Paul Jagger, Cotten y los demás, desde el Más Allá, opinen así.

—Cierto. Sheikan ha dejado un imborrable rastro de horror y muerte.

—¿Cuál es tu hipótesis, Audrey? ¿Qué opinas tú realmente?

—Voy a decirte algo top secret. Después de muchos esfuerzos las computadoras han logrado descifrar el jeroglífico del sarcófago. Narra las

diferentes fases de un proceso de hibernación.

—¿Hibernación en el Antiguo Egipto?

—Por supuesto no utilizan ese término, pero sí dan a entender la conservación artificial de la vida por tiempo indefinido. Los dos cilindros eran sin duda los que mantenían la hibernación de Sheikan.

—Esos conocimientos son imposibles en el Egipto milenario.

—También lo son ciertos fenómenos de la Gran Pirámide. ¿Quién les suministró esa sabiduría? ¿Seres de otros mundos? ¿Fueron los espíritus del Mal los que dieron vida a Sheikan, príncipe de las Eternas Tinieblas? Desconocemos muchas cosas, Jonathan. En los umbrales del siglo XXI aún no hemos conseguido descubrir los secretos del antiguo Egipto. Catalogados como sobrenaturales.

—Y lo sobrenatural es la ciencia de lo inexplicable. Audrey esbozó una sonrisa.

—Correcto, Jonathan. De ahí que se haya decidido por inventar una organización terrorista y transformar a Sheikan en un robot.

—Tal vez lo fuera.

—Sí..., tal vez...

—El que proporcionó la momia a McCormick..., el tal Abdel Arab-Khaldun puede que nos aclarara algo, pero lamentablemente se suicidó. Esa fue la versión oficial, ¿no?

—Ahá. Suicidio. Puede que motivado por sentimientos de culpabilidad, superstición o miedo a la venganza de la momia. Incluso obedeciendo sus órdenes. El poder de la mente de Sheikan era...

—¿Sobrenatural?

Barret y Audrey rieron al unísono. Con cierto nerviosismo.

Con un miedo interior.

Conscientes de su propia insignificancia. De la incapacidad del orgulloso hombre del siglo XX, que aún permanecía a merced de los oscuros y fantasmales secretos del pasado.

FIN